

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 30 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 24 trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayili-Bailiere, Ouesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

Los acontecimientos del Líbano de que no ha mucho hablamos a nuestros lectores, toman una gravedad cuyas consecuencias para Turquía pueden ser desastrosas. Cuando ya creíamos que José Karan, el joven caudillo de los maronitas estaba fugitivo y sin esperanzas de librar a su país de la persecución de Daud-Bajá, nos llegan noticias por demás interesantes de una victoria completa alcanzada por este valiente jefe sobre las tropas turcas. Nunca se ha visto un desastre mayor para la media luna en las comarcas del Líbano.

Después del combate en Mametlaya, y del incendio de Zagorha, país natal de José Karan, este logró reunir algunos de sus partidarios, les refirió la infame conducta de Daud-Bajá que le había atacado mientras él trataba la paz con el cónsul de Francia, y les pidió su dictamen sobre lo que debía hacerse. Todos gritaron a una voz que no deseaban otra cosa que vengar el ultraje y castigar a Daud-Bajá por su traición. José Karan viendo los ánimos tan excitados y que toda tentativa de paz era imposible, tomó sus medidas para combatir. Daud-Bajá por su parte lo mismo haciendo avanzar sus tropas hasta las ruinas de Zagorha; pero más astuto que guerrero, intentó lograr por el engaño lo que no se atrevía a lograr por la fuerza. Con este fin envió al general Schwarzenberg que se halla al servicio de la Turquía, con el nombre de Emin-Bajá, a avisarse con Karan proponiéndole a Trípoli, donde se hallaba Daud, para confederar y arreglar la paz. En la entrevista del jefe maronita con el general mensajero, declaró a este que él quería permanecer súbdito fiel del Sultán, quejándose sólo de las injusticias y atropellos de Daud, pero no estaba dispuesto a trasladarse a Trípoli, poniéndose así bajo su poder, a menos que se le facilitase un salvo conducto por el Gobierno de Constantinopla.

Viendo Daud-Bajá el mal éxito de su estrategia, abandonó la astucia y dió orden de atacar inmediatamente a los maronitas.

Así las cosas, véanse algunos pormenores de los acontecimientos que tuvieron lugar, que extractamos de una larga correspondencia de Siria que no pueden ser leídos sin un vivo interés.

El domingo 28 de Enero, mientras José Karan oía Misa en la iglesia de Benachi, se le dió aviso de que las tropas turcas se habían puesto en marcha. Karan, sin embargo, permaneció tranquilo hasta la conclusión de la Misa: cuando salió del templo supo que Emin no distaba más que legua y media de Benachi, recibiendo a poco una intimación del general otomano exigiéndole que se entregase al punto y sin condiciones. Entonces tuvo lugar una escena admirable de cuya descripción no queremos omitir ni una palabra. José Karan llevado de una abnegación heroica quiso sacrificarse por la paz. «Yo economizaré, dijo a los maronitas, la sangre de mis compatriotas. Pero los mil quinientos hombres que estaban a sus órdenes, exasperados por la situación, le contestaron: «Tú quieres entregarte para ser fusilado a dos pasos de nosotros. Pero ¿quién podrá sobrevivirte? No; no, jamás. O nos dejas morir contigo, o nosotros mismos te matamos si das un paso más hacia el enemigo.» Y al hablar así los maronitas tomaban los puestos de combate.

El intrépido jefe no tuvo más remedio que ceder. Entonces les grita con voz robusta: «De rodillas! ¡Invocad a Dios! Y dando él mismo el ejemplo, se postó en tierra permaneciendo largo rato en su oración. Cuando se levantaron no eran hombres, sino leones. Karan dió sus últimos órdenes, y todos partieron al encuentro del enemigo con una impetuosa a que no pudo este resistir, aunque sus fuerzas eran inmensamente mayores. El general otomano, que mandaba más de 5,000 hombres, fué derrotado por los 4,500 de José Karan, que le hizo 1,000 prisioneros y se apoderó de gran parte del material de guerra, con el cual los maronitas han logrado completar su armamento, que era muy defectuoso.

A esta señalada victoria que pone en peligro la dominación turca en aquellas comarcas, debemos añadir una circunstancia muy importante. Los musulmanes del Líbano conocidos con el nombre de *Metecalis*, parece que se ponen de parte de los maronitas, lo cual no es muy de extrañar, por cuanto los *Metecalis* odian a los turcos, a quienes consideran cismáticos e impuros. Si esto se confirma, Turquía se verá en la necesidad de mandar a Líbano fuerzas considerables. Pero de dónde sacar los recursos indispensables para esa guerra? Las cajas del Imperio están vacías, y su crédito por tierra. Hé aquí por qué dijimos al principio que los recientes acontecimientos del Líbano

constituirían para el Imperio otomano una crisis de las más peligrosas por que ha pasado la nación turca, vergüenza de la Europa cristiana.

### TELEGRAMAS.

PARIS, 20, (recibido el 22).—La *Presse* trae una carta de Amberes que anuncia que la fragata peruana *Anita* ha arribado a Fiesingue.

ALEXANDRIA, 20.—El sultán de Turquía ha aprobado el convenio hecho con el virey de Egipto sobre la compañía del Istmo de Suez.

La *Presse* anuncia que Mr. Girardin cesa de pertenecer a su redacción.

La *Patrie* asegura que 5,000 franceses saldrán de Méjico para volver a su patria dentro de un mes.

El Emperador ha conmutado en diez años de trabajos forzados la pena de muerte a que habían sido condenados en Méjico los zuaos complicados en la revolución de la Martini.

PARIS, 21.—Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza a 227; el 3 por 100 portugués a 45 1/2; el cambio sobre Lisboa a 540; el 5 por 100 italiano a 61 20; el crédito territorial francés a 1,330; el crédito mobiliario francés a 680; el español a 402; el ferro-carril de Sevilla a Jerez a 48; y el del Norte de España a 170.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español a 35 7/8, y en Amberes a 35.

LISBOA, 21.—La Cámara de los diputados ha desechado por 100 votos contra 27, la moción propuesta contra el Gobierno, por haber invitado al general Priu a que saliera de Portugal.

PARIS, 22.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 400 0/0; el exterior, a 400 0/0; la dñerida, a 00 0/0; la amortizable, a 00 0/0; el 3 por 100 francés, a 69-30, y el 4 1/2, a 99.

LONDRES, 22.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 5/8 a 3/4.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 23 DE FEBRERO DE 1886.

### EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO al director de LA IBERIA.

CARTA II.ª (1)

SANTIAGO y Enero 30 de 1886.

Muy señor mío y de mi especial consideración: Parece que se queja Vd. de que los teólogos, que tan nimios somos a veces en fijar bien la significación de una palabra, usamos, al hablar del poder temporal del Papa, de la palabra *necesidad* de una manera vaga sin determinar bien su sentido, y que, si le determinásemos, veríamos que lo más que podría decirse era que el poder temporal del Papa es *conveniente* más no *necesario*, y que confundimos estas dos cosas tan distintas. Dice Vd. con alguna razón que los teólogos somos algo escrupulosos en el uso de los sinónimos. Esto consiste en que la verdad se distingue a veces del error, sólo en los matices, o más bien en que a veces una palabra comprende una idea más que su sinónimo. Ninguno mejor que Vd. que sabe la historia de los Concilios, puede conocer esto, si recuerda las contiendas del Arrianismo y del Nestorianismo. Las personas de la Trinidad v. g. son distintas, pero no diversas: Dios murió por salvarnos, pero no murió la divinidad.

Me alegro de que me haya llamado Vd. la atención hacia el uso de la palabra *necesidad* que en efecto es capital, como Vd. dice sabiamente, en la discusión que traemos entre manos. Esto me ha obligado a profundizar en esa idea, y me ha hecho descubrir un tesoro de verdad que no había reparado bien hasta ahora, aunque lo tenía escondido en mi entendimiento. Voy, pues, a sacarlo a la luz para que lo vea todo el mundo y brille la verdad en su plenitud. Así demostraré una vez más, sin que pueda caber réplica razonable, que el poder temporal del Papa en un pequeño estado fué *necesario* después de la caída del Imperio romano, y que ese pequeño poder temporal no contradice al Evangelio que estableció la distinción del sacerdocio y del Imperio. Tal es la tesis que he venido sosteniendo contra Vd. y cuya verdad voy a poner en el sol para que todo el mundo la vea.

Hay una necesidad absoluta, como Vd. ha dicho bien, esto es, una necesidad que existe desde siempre, sin hipótesis ni condición alguna, una necesidad tal que, lo opuesto, es de todo punto imposible. Tal sucede con la existencia de Dios: es absolutamente necesario que exista Dios: porque existiendo algo hoy, es de absoluta necesidad que existiese algo desde toda eternidad; pues si concebásemos un momento en que nada existiese, no podría existir hoy

(1) La carta del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago al director de *La Iberia* que hoy publicamos, la más interesante acción de todas, es la II.ª y la que tuvimos el honor de insertar en nuestro número del 15 de Febrero de 1886.

La circunstancia de haber llegado a poder nuestro esta antes que aquella, nos hizo dudar de su numeración que sin embargo era exacta.

algo: la nada no tiene virtud para producir algo y siempre sería la nada. Hé aquí la necesidad absoluta e indeclinable de un ser eterno que es Dios. Esto es absolutamente necesario en el mundo de la realidad.

En el mundo de las ideas es también absolutamente necesario que todos los radios de un círculo sean iguales, que los tres ángulos de un triángulo equivalgan siempre a dos rectos, etc. Es de necesidad absoluta e indeclinable que esto fuese así aun antes de existir una pizarra en que trazar un círculo o un triángulo.

Hay otra necesidad no absoluta, sino hipotética; por ejemplo, mi existencia no era absolutamente necesaria: Dios podía pasarse bien sin ella y también el mundo; sin embargo, en la hipótesis, o en el supuesto, que se ha realizado, de haberme sacado Dios a la luz de este mundo, es necesario que yo tenga un alma racional porque me hizo hombre, y no puedo ser hombre sin ser animal racional, a lo menos en la raíz. Esto se llama *necesidad hipotética*; porque nace de suponerse realizado un hecho que pudo no existir, sin el cual la cosa no sería necesaria. Todo esto, aunque es de la metafísica, está al alcance de los entendimientos más vulgares.

Claro es que, cuando nosotros decimos que el poder temporal del Papa en un pequeño estado fué *necesario* después de la caída del imperio romano, no hablamos de aquella *necesidad absoluta*, sino de esta hipotética. Tenemos dado el primer paso para andar el camino que nos lleva a la verdad con sólo abrir los ojos. Esta necesidad hipotética puede ser de dos maneras principalmente; una se llama *necesidad física* y otra *necesidad moral*; la primera nace de las leyes de la naturaleza física o material. Así, es necesario que una piedra abandonada en el aire caiga al suelo, porque lo exigen las leyes de la gravedad: así es necesario que si a un hombre le atraviesan el corazón con un puñal muera irremisiblemente, porque así lo exigen las leyes de la vida: así es necesario que un hombre metido en un pozo de quince o veinte metros de profundidad muera en él, si no tiene otro modo de salir que dando un salto; porque la fuerza de la musculatura del hombre no alcanza a salvar de un salto tanta profundidad. Por estos ejemplos se entiende bien lo que es la necesidad física: tampoco es así necesario el poder temporal del Papa.

Pero hay otra necesidad que se llama *moral* porque nace de las costumbres (*mores* en latín) esto es, de las inclinaciones, o grabadas en el corazón humano por el autor de la naturaleza, o nacidas allí de la corrupción de ella después del pecado original. Conforme a esto dijo Nuestro Señor Jesucristo: *necece est ut veniant scandala: necesario es que vengan escándalos*: porque atendida, o supuesta la corrupción del corazón humano, no puede menos de suceder así. También es necesario, por la misma razón, que todo hombre cometa algún pecado, a lo menos venial, que por eso dice San Juan, si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos y no hay verdad en nosotros; porque todos traemos al nacer un fondo de corrupción, un conjunto de malas inclinaciones, en una palabra la concupiscencia, o la carne que lucha contra el espíritu, y en esta lucha continua es moralmente imposible que no seamos vencidos alguna vez. Esto en cuanto a la necesidad moral nacida de las inclinaciones malas.

Nace también una necesidad de las inclinaciones buenas, como cuando decía San Pablo (1.ª Corint. 9) *si anunciara el Evangelio no tengo por qué gloriarme*; porque me ha sido impuesta necesidad, *necesitas mihi incumbit*.—El varón justo no puede, sin dejar de serlo, faltar a la obligación. *Non possumus*, ha dicho Pio IX. Así se dice que es necesario dar buena educación a los hijos, si han de ser hombres de bien, con otros mil ejemplos que pudieran traerse.

Para que vea Vd. que hasta la pura conveniencia se llama a veces necesidad, uno de los convidados a las bodas en la parábola del Evangelio se excusó diciendo: *he comprado una quinta y tengo necesidad de ir a verla*; *necece habeo videre illam*; pero no pretendo por eso confundir en nuestro caso la conveniencia con la necesidad, sino que voy ahora a demostrar que la necesidad moral del poder temporal del Papa era impuesta a la caída del Imperio por las inclinaciones del corazón humano que se ponían en lucha abierta contra la unidad de la Iglesia, si el Papa hubiera quedado súbdito de alguno de los Reyes que se repartieron el Imperio; y ahora llego al punto capital de la demostración.

Es una cosa sabida que el Imperio romano llegó a abrazar todo el mundo conocido en aquel tiempo, y por eso San Lucas, en su Evangelio, dice que salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el

mundo, *ut describeretur universus orbis*. Es también constante que la Iglesia estaba contenida dentro de los límites de ese Imperio inmenso, salvo alguna pequeña cristiandad de poca importancia que se hubiese formado más allá de ellos, porque en efecto los enviados de Jesucristo salvaron esos límites. En los siglos de ese Imperio los fieles, incluso el Papa, obedecían en lo temporal a un sólo hombre, que era el Emperador romano.

Más Dios, que desde el cielo tiene las riendas de este mundo, y que había anunciado por el profeta Daniel la sucesión y vicisitudes de los cuatro grandes imperios figurados en la famosa estatua que vio en sueños Nabucodonosor, y cuyo misterio lo explicó aquel profeta, estimuló a los pueblos bárbaros a que se arrojasen sobre aquel coloso que había tenido cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y muslos de bronce, y piernas y pies de hierro y en parte de barro. El imperio romano cayó entonces, y como un espejo que se arroja contra el suelo, quedó hecho pedruzcos; y cada uno de los caudillos de los pueblos bárbaros, que le acometieron, arrebató uno de esos trozos del imperio, declarándose soberano, y arrinconando al antiguo emperador en el Oriente. Hé aquí el grande acontecimiento histórico, el grande cambio político que sucedió entonces en el mundo, cambio cuyas consecuencias palpamos todavía nosotros; porque ese es el origen de las monarquías y repúblicas que ha habido y hay en la Europa principalmente. Desapareció el Emperador universal, pero no podía desaparecer el Pastor universal que es el centro de unidad de la Iglesia: porque esta unidad, que consiste principalmente en la subordinación a una cabeza visible, había de ser tan duradera como la misma Iglesia.

¿Qué sucederá, pues, al Papa en medio de esa catástrofe espantosa del mundo, y de esa aparición de tantos reinos en el inmenso territorio que antes dominaba un sólo Emperador? Hasta entonces habían obedecido en lo temporal a un sólo hombre todos los cristianos, incluso el Papa; todos habían reconocido un sólo soberano temporal. Bajo este aspecto todos eran iguales al Papa, y no había motivo ninguno para creerse humillados al tener que obedecer en el orden religioso a un hombre que, como ellos, obedecía en lo temporal al mismo Emperador.

Pero desapareciendo esta unidad política de mundo, la suerte del Papa tiene que ser diversa; porque él no podía obedecer en la temporal a todos los reyes, tenía por necesidad que quedar súbdito de alguno de ellos y, en este caso, se sublevarían los sentimientos naturales del corazón humano contra la subordinación, aun sólo en el orden religioso, al pobre vasallo de uno de esos reyes, extraño para todos los cristianos, excepto los de su reino. Es indudable que Dios ha grabado el sentimiento de la propia dignidad en el corazón de cada hombre y en los pueblos como naciones, sentimiento desatrollado y fortificado por el cristianismo desde que se nos dijo que todos somos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo según la carne, redimidos con su preciosa sangre, sentimiento que Dios aprueba y que no puede mandar en general que lo sacrificásemos sin suprimir la naturaleza.

Pues ahora bien, ese sentimiento, en el caso de ser el Papa súbdito de uno de los nuevos reyes, se subleva naturalmente, repugna la sumisión y obediencia, aun sólo en el orden religioso, al que tiene que estar de rodillas delante de un rey extraño, con el cual nosotros nada tenemos que ver. Si el Papa hubiera quedado sujeto, por ejemplo, al rey de los lombardos, los francos, los godos, etc., se hubieran considerado humillados al tener que obedecer al humilde súbdito de aquel rey, a quien no reconocían como su soberano, cada uno de los españoles y de los francos, cada una de estas naciones y las demás, hubieran sentido vivamente esa humillación; y como ese sentimiento es universal y permanente, universal y permanente hubiera sido la causa de la natural repugnancia a obedecer a un Papa puesto en tal situación, la cual le hacía aparecer como rebajado a los ojos de los demás pueblos, é indigno de su veneración y obediencia. Hé aquí, pues, la tentación grave y permanente, nacida de un sentimiento natural y laudable, para romper la unidad religiosa proclamando cada pueblo su Iglesia nacional é independiente del centro de unidad.

Luego era moralmente necesario, si se había de conservar esa unidad, que el Papa no fuese súbdito de ninguno de los Reyes que se repartieron el Imperio romano; luego era moralmente necesario, ó exigido por los sentimientos é inclinaciones grabadas por Dios en el corazón del hombre, que el Papa no fuese súbdito de ningún Rey, sino soberano de algu-

na porción de ese Imperio. Tal es la necesidad moral, la exigencia de que el Papa fuese Rey, exigencia y necesidad indeclinable; porque, si no lo era, se rompía infaliblemente la unidad, si Dios no hacía un milagro, arrancando del corazón del hombre y de los pueblos un sentimiento que es una reminiscencia de la grandeza primitiva del hombre, hecho a imagen de Dios, hecho poco menor que los ángeles; sentimiento que se ponía en pugna permanente en el caso supuesto con la unidad de la Iglesia, con la obediencia al Pastor universal que Jesucristo la había dado.

¿Qué diríamos de un hombre que habiendo formado una estatua de cera perfectamente modelada y acabada en su género, si para adornar su jardín la expusiese allí a los rayos abrasadores del sol del Estío? Diríamos que era un insensato. Porque esa estatua al poco tiempo comenzaría a derretirse, los brazos perderían muy luego la postura significativa que se les hubiese dado, las facciones del rostro y lo demás desaparecerían, y todo vendría a convertirse en una mole informe de cera derretida.

Pues bien, esa bellísima estatua es la unidad de la Iglesia concentrada en el romano Pontífice, y los rayos abrasadores del sol del Estío son el sentimiento natural de la propia dignidad, la susceptibilidad de un pueblo como nación en creerse fácilmente rebajado al tener que obedecer a un súbdito extranjero. ¿Qué diría Vd. al insensato que pudiese su bellísima figura de cera a los rayos del sol? Retírala pronto, ponla a la sombra. Pues hé aquí lo que dijo el instinto a los pueblos cristianos cuando cayó el Imperio; hé aquí lo que les inspiró Dios: poned la mitad de mi Iglesia a la sombra, haced Rey al Papa, y con eso nadie se creará humillado al tener que obedecerle en el orden religioso.

Yo he establecido un Papa en la Iglesia para que, constituida una cabeza, se quite la ocasión de cismas; y si los acontecimientos guiados por mi providencia han traído al mundo a una situación tal que si el Papa queda súbdito de un Rey se le obedecerá con una repugnancia universal y permanente, hacedle Rey, hacedle Soberano temporal de un territorio no muy extenso, cuya administración temporal no le embarazará gran cosa, y desaparecerá en vosotros esa repugnancia y una gran contradicción en mi providencia, que todo lo *dispone suavemente*.

Ahora ya puede Vd. convencerse de la necesidad moral, indeclinable, del principado civil del Papa. Fué necesario: primero, para salvar la unidad de la Iglesia de ese antagonismo natural, universal y permanente, que hubiera resultado quedando el Papa súbdito de uno de aquellos Reyes; segundo, para salvar la sabiduría de Dios, que se hubiera puesto en contradicción consigo misma al crear positivamente ese antagonismo entre los sentimientos dados por el mismo Dios al hombre y la unidad de la Iglesia, que él quería se conservase. Hubiera querido el Señor en ese caso dos cosas contradictorias: hubiera querido poner la bellísima imagen de cera al sol del Estío y que no se derretiese.

Que las pasiones desordenadas, el orgullo, la ambición, la codicia y otras pugnen incessantemente por romper esa unidad, se comprende; porque es la lucha de la pasión contra el deber. Ese impulso no lo da Dios; porque ese impulso es el mal moral, el pecado que nace de la mala voluntad del hombre, de nuestra naturaleza corrompida. Dios lo único que hace es permitirlo, porque es bastante poderoso para sacar bienes de los males. Pero en nuestro caso el impulso, la embestida contra la unidad, hubiera nacido, no de una pasión desordenada, sino de un sentimiento bueno, laudable, obra de Dios, y no de la corrupción de nuestra naturaleza; y Dios no manda que venzámos ese sentimiento, que seamos héroes, sino en ciertos casos extraordinarios.

Para una tercera cosa fué todavía moralmente necesario el principado civil del Papa, a saber, para el ejercicio libre de su potestad espiritual.

Aquí necesito llamar otra vez la atención de usted sobre los sentimientos naturales del corazón humano. Hecho el Papa súbdito de uno de los nuevos Reyes, se excitaba de suyo en los cristianos como individuos y como naciones, la incertidumbre sobre sí, al dictar disposiciones para el gobierno de la Iglesia, lo hacía con entera libertad ó bajo la presión del que era su señor en lo temporal. Es verdad que los Obispos estamos en el caso de ser súbditos de un Príncipe, que con los halagos ó las intimidaciones puede hacer que alguno prevarique; pero esto sería un mal pequeño en comparación del que sucedería si el Papa se hallase en ese caso; porque sería asfixiar la Iglesia entera; hacerla morir por sofocación: sería exigir que los Papas



fuesen todos héroes, y que continuasen los siglos del martirio, que el Señor permitió en el principio de la Iglesia para mostrar al mundo su origen divino.

Más siendo el Pontífice Soberano temporal, esta posición, por su naturaleza, le libra ordinariamente de la presión de otro Rey; y digo ordinariamente, porque la malicia de los hombres puede alguna vez oprimirle, aun siendo Rey independiente. Pero el abuso de la fuerza no destruye la naturaleza de las cosas.

Después de haber escrito todo lo que va de esta carta, me he puesto a pensar si mis ideas estarían conformes con las de otros escritores católicos de alguna nota, y se me ocurrió que el Fleuri, en sus discursos sobre la historia eclesiástica, que hace mucho tiempo que lee, y que Vd. se sabrá de memoria, debía decir algo sobre este punto gravísimo del poder temporal, y registrándolos hallé en el cuarto lo siguiente: «Volvamos, dice, a los Obispos, y concluyamos que no fué sino la ignorancia y la rusticidad lo que les hizo creer que los señores unidos a sus Sillas eran útiles para sostener la Religión. Yo no veo más que la Iglesia Romana donde puede hallarse una razón singular para unir las dos potestades. Mientras que subsistió el Imperio romano encerraba este en su vasta extensión casi toda la cristiandad; pero después que la Europa se dividió entre muchos Principes independientes unos de otros, si el Papa hubiera quedado súbdito de uno de ellos, hubiera sido de temer que a los otros les costase trabajo reconocerle por Padre común, y que hubieran sido frecuentes las cismas. Se puede creer, pues, que, por un efecto particular de la Providencia, el Papa se halló independiente y señor de un Estado bastante poderoso para no ser fácilmente oprimido por los otros Soberanos, a fin de que fuese más libre en el ejercicio de su poder espiritual y pudiese contener más fácilmente en su deber a todos los demás Obispos. Tal es el pensamiento de un grande Obispo nuestro contemporáneo.»

Esto dice el Abate Fleuri, que como usted sabe, no es utramontano, en sus célebres discursos, los cuales no han tenido en Roma toda la aceptación que él hubiera querido. Me ha causado una agradable sorpresa nuestra coincidencia de ideas acerca de la razón singular que se halla en el Papa para tener un poder temporal, la cual es la necesidad de evitar frecuentes cismas y darle más libertad para el ejercicio de la potestad espiritual. La otra razón, de la necesidad de salvar la contradicción que resultaba en la Providencia por el conflicto de dos leyes causado por el fraccionamiento del Imperio romano, no la indicó porque era más canónica que teológica.

Creo, pues, que la necesidad de dejar bien puestas esas tres cosas, a saber: la sabiduría de Dios, la unidad de la Iglesia y la libertad del Papa, justifican plenamente su principado civil a la caída del Imperio.

Creo más, y es, que no ha tenido Vd. razón al decir que para probar mi aserción capital me he valido de *boticarias*, de generalidades que nada prueban, como el cambio de los tiempos, las diversas condiciones del mundo, etcétera, pues la mayor parte de los pensamientos que he presentado reunidos en esta carta, los había ya manifestado en mis anteriores. Lo único que puede Vd. decir, es, yo no me convengo, aunque la argumentación deslumbra a los ignorantes.

Pero no es así; la argumentación es, no sólo deslumbrosa, sino concluyente, como se convencerá cualquiera que la medite sin prevención; porque se funda en los sentimientos naturales de cada individuo, y de las naciones que sienten una repugnancia invencible a obedecer al que es humilde súbdito de un Rey extranjero; y que entre ese sentimiento de la propia dignidad y entre la unidad de la Iglesia hay un antagonismo bien marcado, que debía desaparecer si no había de ponerse Dios en contradicción consigo mismo. Hé aquí el origen de esa necesidad moral indeclinable del principado civil del Papa a la caída del Imperio y a la aparición de tantos reinos.

Sin perjuicio de continuar otro día, se repite de Vd. atento S. S.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Ya han visto nuestros lectores, tomado íntegro del *Diario de las Sesiones*, el magnífico discurso del Sr. Nocedal; ya habrán saboreado ese rudo y contundente ataque al parlamentarismo, que no tiene rival en nuestros fastos parlamentarios.

No tenemos necesidad de encarecer las bellezas literarias de tan brillante peroración: toda persona de buen gusto las percibe y todo corazón siente su elocuencia, aunque no todos se dan razón de su propio sentimiento. No es ese el objeto de las presentes líneas, ni siquiera examinar la doctrina del valeroso diputado por Navarra. Esa tarea, que desempeñaremos con gusto, requiere más tiempo y espacio del que hoy podemos disponer.

Queremos únicamente hacernos cargo de algunas objeciones dirigidas contra el discurso, y en general contra la actitud que los diputados católicos han tomado en el Congreso.

«Difícil» el Sr. Posada Herrera en el último período del mando del ministerio de 1883, dice *La Epoca*, de que no fuera diputado el Sr. Nocedal; conocía el error que se había cometido combatiendo su candidatura en Toledo o renunciando a anular el acta de candidatura que le derrotó. Y no le faltaba razón al ministro de la Gobernación de aquel y del presente Gabinete.

El Sr. Nocedal es el elemento disolvente más activo y más poderoso del antiguo partido moderado, y un gran recurso, un eficaz auxilio para la Unión liberal en sus momentos de apuro.

Si alguna popularidad adquirió este partido; si alguna probabilidad le queda de recobrarla, débela a las exageraciones del neo-catolicismo, y muy especialmente a su jefe el Sr. Nocedal.

Dos partes abraza esta objeción. 1.ª Que el Sr. Nocedal y los que como él piensan, son en el Congreso el elemento disolvente más activo y poderoso del antiguo partido moderado, y 2.ª que son un eficaz auxilio en sus momentos de apuro para la Unión liberal.

En cuanto al primer cargo no tenemos nada que responder: por nuestra parte lo aceptamos. El antiguo partido moderado es el partido liberal doctrinario que ha ido aclimatando entre nosotros la revolución, haciéndola arraigar en nuestro suelo: a él se le deben las mayores calamidades que afligen al país; por consiguiente si nuestros amigos consiguieran con su presencia en el Parlamento disolver activamente al antiguo partido moderado, podían darse y podíamos darnos por completamente satisfechos.

Y lo conseguirán, no lo dude *La Epoca*. Porque el partido liberal moderado, en tanto ha tenido vida y fuerza en nuestro país, en cuanto se lo han prestado los principios conservadores, los verdaderos principios de orden, los principios monárquicos y religiosos de la nación; y en tanto ha tenido ejército, en cuanto lo ha tomado de nuestras filas. Pero desde el momento en que reclamemos para nosotros las doctrinas y los soldados que nos pertenecen, el partido liberal moderado se quedará sin principios de gobierno y en cuadro, con unos cuantos centenares de jefes y oficiales para llenar las nóminas de los destinos que les deje la Unión liberal.

El segundo cargo de que nuestra actitud en el Congreso presta un eficaz auxilio a la Unión liberal, tuvo a la misma hora en que se escribía una magnífica contestación.

De resultas de la soberana arremetida del Sr. Nocedal al parlamentarismo, el Sr. Escosura tuvo a bien romper ayer tarde su largo silencio. La ocasión le era propicia. El Sr. Escosura faltaba de la Cámara desde las famosas Cortes constituyentes. Desde entonces había roto con el general O'Donnell por los incendios de Valladolid lanzándose en las filas más avanzadas del progresismo puro; luego aceptó del general O'Donnell un destino en Filipinas y fué expulsado de la tertulia progresista, y últimamente ha venido a ser ministerial del vicalvarismo precisamente cuando el vicalvarismo está entonando una especie de *confiteor* en los preámbulos de los proyectos de imprenta y de asociaciones públicas, y aun en la nota diplomática que el Sr. Barandera de Castro ha publicado en la *Gaceta*.

Tomando, pues, por lo serio y como moneda corriente el Sr. Escosura eso de que la actitud de nuestros diputados es un eficaz auxilio para la Unión liberal en sus momentos de apuro, creyó que nunca mejor podía rehabilitarse políticamente que entonando el himno de Riego, después del discurso del Sr. Nocedal.

Y lo cantó imperturbable, como un organillo de saboyano, sin equivocarse en una nota.

¡Pobre Sr. Escosura y qué gran servicio prestó a los adversarios de la Unión liberal! El Sr. Mena y Zorrilla le salió al encuentro: la procedencia progresista y la procedencia moderada lucharon frente a frente, y la Unión dió muestras de que existía porque se arañaba.

Seguramente, puede ya exclamar *La Epoca*, el «neo-catolicismo» es un gran recurso, y un eficaz auxilio para la Unión liberal en sus momentos de apuro.

Poco después hubo otra riña de hermanos. El Sr. Elduayen y el Sr. Cuesta. Pero de este incidente no hablaremos hasta que podamos tomarlo íntegro del *Diario de las Sesiones*, porque es curioso, instructivo y edificante. Sólo nos permitiremos recordar que uno de los contentientes, uno de los que tomaron parte en este duelo parlamentario, decía: «Señores, estamos dando la razón al señor Nocedal y sus amigos cuya enmienda acabamos de desecharla.»

Esta confesión liberal y parlamentaria, es también otra prueba de que no hay nada como el neo-catolicismo para auxiliar a la unión de los parlamentarios.

Ahora tiene la palabra *El Eco del País*: «De todos modos, la verdad es que el Sr. Nocedal, combatiendo el parlamentarismo, presta un gran servicio al sistema parlamentario. Señala sus abusos, indica peligros que es necesario salvar, defectos de que podrían aprovecharse en un término más o menos remoto los enemigos de nuestra regeneración política y social. El Sr. Nocedal no puede matar el sistema parlamentario; no puede desacreditarlo por más esfuerzos que haga; pero censurando sus abusos, hace que no se incurra en ellos. Bajo este punto de vista, el orador neo-católico sirve como ninguno al sistema parlamentario.»

Este parlamentarismo si que tiene razón: ya confiesa que el sistema parlamentario tiene abusos, peligros y defectos y quiere que se corrijan.

Sentimos que *El Amigo del Clero*, después de haber cometido la gravísima falta de aplaudir el discurso del Sr. Castro, lejos de apro-

chase para enmendarla de nuestras advertencias y de las de otros verdaderos amigos de la clase a quien pretende defender, se haya desatado en ofensas contra nosotros, diciéndonos que «todo lo miramos bajo un punto de vista político, y que no desaprovechamos ocasión de dirigirle ataques siempre injustificados y apasionados.»

Ante todo vamos a explicarle el motivo por qué procuramos aprovechar cuantas ocasiones se nos presentan, que han sido varias por desgracia, de censurarle. Un periódico que hasta hace poco con cierta arrogancia se llamaba a sí mismo *Guía del Clero*, y que hoy se satisface con pasar por *Amigo* de esa misma clase, debe meditar mucho lo que escribe. Llamárase por ejemplo, *La Democracia* o *La Libertad*, dirigiera a los lectores liberales ó a otros al menos que Sacerdotes no fuesen, y vería entonces el periódico referido cómo no dábamos tanta importancia a que, entre otras cosas, aplaudiese al señor Castro.

Pero erigirse poco menos que en concilio diocesano, según lo prueban las consultas que tiene evacuadas y escribir con la misma pluma que estos dictámenes morales ó canónicos, plácemes y felicitaciones a escritos tan altamente perjudiciales como el discurso del presbítero y catedrático Sr. Castro, eso no lo hará sin correctivo *El Amigo del Clero*, interin nosotros continuemos dedicados a la defensa de las doctrinas y derechos de la Iglesia católica.

Dice *El Amigo del Clero* que ningún juicio ha emitido acerca de las doctrinas que contiene el discurso del nuevo académico. Nos parece que se equivoca ese periódico. ¿Qué más juicio puede emitirse de ese escrito que llamarle *digno de la fama y buen nombre de su autor*, que calificarle de trabajo suficiente para cimentar una reputación, si el Sr. Castro no hubiese adquirido ya sobrados títulos de talento y de saber? Y no venga diciendo *El Amigo del Clero* que al expresarse en esos términos respecto del señor Castro no tenía presente para nada la exactitud ó inexactitud de la doctrina del autor desde el punto de vista católico, porque entonces resultaría, ó sea *El Amigo del Clero*, lejos de ser competente para evacuar consultas, como lo hace, necesita un domine a su lado, ó que maliciosamente aplaude a un autor por su saber y talento, cuando le consta que ese autor emplea mal el saber y el talento que de Dios ha recibido. Porque no queremos hacer a *El Amigo del Clero* la gravísima ofensa de suponer que juega con sus lectores, ponderándoles el mérito de obras que ni siquiera se ha tomado la molestia de leer.

Pero, añade ese periódico, «si hay errores en el discurso del Sr. Castro, no toca a nosotros señalarlos, ni a quien nos censura, sino a la autoridad eclesiástica.» ¡Bellísima teoría! Mañana llega a manos de *El Amigo del Clero* un libro ateo, lo lee y lo aplaude: al día siguiente se le reconviene por ello, y ese periódico quedará por lo visto muy satisfecho con responder: ni a mí ni a Vd. toca señalar los errores que pueda haber en ese libro, con que así déjesele aplaudir que Vd. no tiene derecho a censurarle. En tales aberraciones cae el entendimiento humano cuando se empeña en sostener a todo trance sus propios juicios.

*El Amigo del Clero* está, pues, equivocado; él, nosotros, cualquier otra persona puede y debe hasta cierto punto salir a la defensa de la buena doctrina, señalando la que parece mala, no para que en adelante todo el orbe católico la tenga por tal, que esta atribución sabido es que sólo pertenece a la Iglesia, sino para rebatir el error, precaver de él a nuestros prójimos y hasta llamar la atención de la autoridad competente, a la cual no llegaría tan pronto en otro caso la noticia.

Ahora, para concluir, vamos a dirigir una súplica a *El Amigo del Clero*. ¿Nos querrá decir qué tienen este párrafo y el que hace días le escribimos de políticos? ¿Nos querrá decir qué tienen de injustos y apasionados?

No se eche por Dios la ceniza a los ojos insultándonos, que los insultos han sido siempre prueba de sin razón manifiesta.

Escrito el párrafo anterior, hemos sabido que el censor eclesiástico no aprueba la conducta de *El Amigo del Clero*, en la parte relativa al discurso del Sr. Castro.

Como verán nuestros lectores en este mismo número, la enmienda de los diputados católicos, tan valerosa y elocuentemente defendida por el Sr. Nocedal, fué desechada en la sesión de ayer por 168 votos contra 7. Es decir, que sólo dieron su voto en pró los que habían suscrita la enmienda, excepto el Sr. Nocedal, que no pudo asistir al Congreso por hallarse enfermo, y el Sr. Arrieta Mascarua, diputado por Vizcaya, que como es sabido, no la pudo firmar con sus compañeros de provincia, por no permitir el reglamento más que siete firmas.

Resulta, pues, de la votación de ayer, la más solemne, la más importante quizá de cuantas puedan tener lugar en la presente legislatura, que sólo existen hoy en el Congreso ocho diputados que completamente desligados de todo partido político de los que aspiran a conquistar el poder, cifran el cumplimiento de su obligación, como representantes del país, en proponer con entera independencia aquello que su conciencia les dicta, buscando el remedio de los males que afligen a nuestra patria en la integridad de los principios católicos y en las tradiciones de España. Bien saben los diputados

católicos que con tan extraña manera de proceder, separándose de los partidos y condenándolos a todos, aun cuando tengan consigo el asentimiento de la inmensa mayoría de los españoles, se hacen imposibles, como hoy se dice; se alejan cada vez más de las puertas del Gobierno; pero cabalmente esto da testimonio de la pureza de sus intenciones y de la sinceridad de sus votos.

Los diputados católicos no entran para nada en el juego de las instituciones; no se coaligan con ningún partido: ni con el que manda ni con los que pueden mandar; con todos han roto igualmente, nada tienen de común con ellos.

Los moderados se abstuvieron ayer de tomar parte en la votación, saliéndose del salón antes que esta tuviera lugar, y con ellos algún diputado por la católica, monárquica y antiparlaria provincia de Navarra, de quien acaso sus electores esperaban otra cosa. No puede sorprendernos la conducta de los moderados; esperáramos que hicieran lo que han hecho; por ellos lo sentimos; pero en verdad, su abstención nos ha causado viva satisfacción, porque con ella queda desvanecido todo pretexto de suponer hasta el más remoto pensamiento de alianza entre los defensores de la enmienda del Sr. Nocedal y los hombres que forman un partido político con aspiraciones de mando.

Lo repetimos, la votación de ayer fué acaso la más importante de cuantas puedan ofrecerse en la presente legislatura, y su resultado, si bien por un lado desconsolador por las tristes consideraciones a que se presta la conducta de la inmensa mayoría de los hombres que toman parte directa en la política de España, debe por otro causar gran placer al país, que ve entre sus representantes ocho dispuestos a hablar el lenguaje de la verdad con valor, con entereza, con la mayor independencia é imposibilitándose hasta para tener ambiciones personales, según confiesan sus mismos enemigos.

Ciento sesenta y ocho diputados aprueban el reconocimiento del llamado reino de Italia, otros se abstienen de votar la enmienda por no condenar el parlamentarismo; sólo ocho condenan ambas cosas. Juzgue el país.

Ha llegado a nuestra noticia un hecho que revela la refinada doblez del impío Ernesto Renan, autor, como es sabido, de una *Vida de Jesús* que ha merecido las censuras del Papa y del episcopado del orbe católico, llenando de indignación y de horror a todos los corazones religiosos.

Al visitar el Sr. D. Santos Salvador, monje benedictino, capellán de S. M. y hermano del señor Obispo de Puerto Victoria, el Monte Casino, se le presentó en el archivo, como de costumbre, el *Album* donde escriben su nombre, después de consignar sus impresiones por lo que han visto, los extranjeros que allí acuden.

Entre las firmas del *Album* encontró la siguiente:

Unum est necessarium:  
Maria Optimam partem elegit  
19 de Febrero de 1886

ERNESTO RENAN.

¡Creía Renan y sentía lo que se expresa en estas palabras! En este caso, al escribir su destable libro la *Vida de Jesús* dos años hace, escribió, a sabiendas, un tejido de absurdos, de impiedades y de imposturas.

¡No sentía ni creía en la verdad de las palabras que consignó en el *Album* del Monte Casino!

Entonces el profesor, colmado de distinciones por Napoleón III, se presenta a nuestros ojos cubierto con la más ara de la más repugnante hipocresía.

Es decir, en uno ú otro caso, el nombre de Renan pasará a las generaciones futuras con el estigma de todos los corazones religiosos y con la reprobación de todas las personas rectas y honradas.

#### DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

Leemos en el *Diario de las Sesiones* de ayer: «El Sr. CUESTA: Pido la palabra para una cuestión grave.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Tiene que hacer uso de ella la comisión.

El Sr. BENEDITO: Puede hacer uso de ella si gusta el Sr. Cuesta.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Tiene V. S. la palabra, Sr. Cuesta.

El Sr. CUESTA: El Sr. Elduayen, despojando, como ha dicho al fin de su discurso, descartando por completo de la consideración personal, ha dicho, entre otras, me parece que estas palabras: «Al señor Cuesta lo ha pasado, y citaba a este propósito no sé qué filósofo, lo que a un abogado francés que salía a los caminos a cometer ciertos delitos ó toda clase de delitos (me basta con que sean ciertos delitos) para estudiar la resistencia que podía ofrecer a las leyes.» ¿Son estas las palabras que ha dicho V. S., Sr. Elduayen? Pues pido que se escriba en uso del derecho que me da el art. 145 del reglamento.

El Sr. SECRETARIO (Romero Robledo): Las palabras cuya escritura ha pedido el Sr. Cuesta son las siguientes:

«Puede decirse de S. S. lo que refiere un distinguido jurisconsulto francés que ha escrito mucho sobre la filosofía de las leyes, el cual confiesa que en su juventud salía a los caminos y sitios públicos a cometer cierta clase de delitos para llegar a comprender la fuerza de voluntad que se necesita para resistir las leyes. Esta es la experiencia que ha hecho S. S. en materias electorales.»

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Sr. Cuesta ha pedido que se escriban las palabras que acaban de leerse, y desea que el Sr. Elduayen las explique. El Presidente, que conoce de antiguo al Sr. Elduayen así como el Congreso, sabe que no ha faltado S. S. nunca, ni ciertamente a su propio decoro ni al del Con-

greso, y no duda que las ha pronunciado en cierto sentido que en nada pugna al decoro del Congreso ni al decoro del Sr. Cuesta. Espero pues que el Sr. Elduayen, consecuente con su conducta de hasta ahora, dará las explicaciones que desean el Congreso, el Presidente, y que en uso de su derecho pide el señor Cuesta.

Tiene la palabra el Sr. Elduayen.

El Sr. ELDUAYEN: Yo, deferente como lo soy siempre a la autoridad del Sr. Presidente, y en este momento por muchísimas razones, pues que está desempeñando ese puesto un antiguo amigo mío particular, no tendría inconveniente en dar las explicaciones sobre palabras que parece han llamado la atención del Sr. Cuesta, pero que debo decir al mismo tiempo que las que acaba de pronunciar el Sr. Presidente indican que no ha llamado la de su autoridad; puede haber habido una mala interpretación para algunas personas; la que ha dado el Sr. Presidente a esas palabras es la que yo las doy en este momento; no rebaja en lo más mínimo ni el decoro del Congreso ni la personalidad del Sr. Cuesta. Yo me he referido a la fuerza de voluntad y de insistencia que ha demostrado constantemente el Sr. Cuesta en todas las materias electorales y que se referían al mismo tiempo a mí persona; y ciertamente ni podía pasarme por la imaginación, como he oído y por alguna persona se me ha indicado, que mis palabras se referían a los delitos que cometa Montesquieu. Me he referido sola y exclusivamente a demostrar la fuerza de voluntad que se necesita para eso, y el estudio especial que había hecho el Sr. Cuesta en materia electoral.

No crea que tengo que dar más explicaciones; pero si más fuesen necesarias, no me diera el dadas, por la razón sencilla de que no trato de ofender con mis palabras; y si alguna vez deliberadamente ofendiese con ellas, cualquiera que fuese la suerte que me correspondiese, sabría mantener la posición en que me colocara.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Sr. Cuesta acaba de oír las palabras del Sr. Elduayen. El Sr. Elduayen acaba de satisfacer los deseos del presidente; ha explicado sus palabras de una manera conforme con lo que el presidente sabía que había sido hasta este día el proceder del Sr. Elduayen en el Congreso, comprendiendo lo que se debe al decoro del mismo y al decoro de S. S. Espero que el Sr. Cuesta, revivando en ciertos sentimientos con el Sr. Elduayen, se dará también por satisfecho con las explicaciones de dicho señor diputado, que ciertamente no podía tener el ánimo de ofenderle comparándolo con un ilustre magistrado, escritor inmortal.

El Sr. CUESTA: No tengo necesidad de rivalizar para hacer gala de deferencia, de mesura, de compostura, de mi conducta, de mi proceder en este sitio; no tengo absolutamente necesidad alguna de apelar a sentimientos que me recuerden el estímulo que puede producir la rivalidad. En esto me basta marchar con mis principios, con mis sentimientos y con mis inspiraciones. Yo al pedir que se explicaran estas palabras por el medio que el Reglamento da en este caso, lo he hecho, señores, creyendo interpretar el sentimiento, mejor dicho, la sensación que habían causado, no en mí, que estaba distraído y que tuve que hacer que se repitieran, sino en otros que las escucharon.

Al repetir las el Sr. Elduayen a excitación mía, comprendí esa sensación que habían causado y que afectaba a mi dignidad de diputado, a la dignidad del Congreso y al decoro de este Cuerpo. Por lo que yo veía en ellas de justificación de los cargos grandes que aun hace poco se hacían aquí contra lo que se dice que ordinariamente pasa en estas discusiones, y se atacó con el nombre de parlamentarismo; por esa razón me levanté y pedí que se escribieran; si no afectaron más que a mí persona, yo no buscaría para nada la autoridad del Congreso en esta ocasión. He pedido que se explicaran, y el señor presidente ha excitado al Sr. Elduayen a explicarlas. El Sr. Elduayen ha dado una explicación. Yo no he de ser exigente; pero esas palabras, para que no tengan la significación que se les ha dado, que me la movió a mí a usar de mi derecho pidiendo que se explicaran, derecho de que creo usaba legítimamente, cuando el señor presidente, sin que yo lo fundara, se hizo eco de ellas, exigiendo explicaciones del Sr. Elduayen; esas palabras, para que no tengan esa rectificación, es preciso que el que las pronunció diga clara, precisa y terminantemente que ni en la intención ni en el modo de pronunciación hay nada que me fuera ofensivo. Nada de ambages, señores; aquí no se puede venir con esas explicaciones, tan frecuentes por desgracia en la vida política, donde sucede que una vez soldado el insulto, con decir que no hubo intención de injuriar, todo está concluido. Aquí no se puede disputar la impresión que causan estas palabras, porque son un insulto que se ha hecho a un diputado en una sesión pública; esa sensación se ha manifestado; y si realmente el señor Elduayen no abrigaba intención al pronunciarlas; puesto que ha dicho que nunca tiene inconveniente de dar explicaciones decorosas, no debe tener dificultad en decirlo clara y categóricamente.

Si por el contrario se vale de medios más ó menos indirectos con que excusarse de dar esta explicación precisa y categórica, entonces es señal que S. S. tiene esa intención y que quiere permanecer en ella. Creo que no soy muy exigente; me someto por completo a la resolución del Congreso. Que los señores diputados juzguen y digan si mi exigencia es inmoderada, ó si por el contrario está ajustada a la impresión verdadera recibida por el Congreso al oír al señor Elduayen las palabras que ha pronunciado. No basta decir que la comparación que se hacía con un escritor francés es lisonjera. Claro que lo sería; pero la de serlo pero no se trata de hacer comparaciones del humilde diputado Cuesta con el ilustre escritor, no; se trata, trayendo un cuento para determinar una posición especial, usando palabras tan graves como son las de delito y resistencia de las leyes.

Por esto digo que creo no ser demasiado exigente rogando al Congreso, a nombre del decoro de un diputado, y al Sr. Presidente, que tenga la bondad de excitar al señor Elduayen a que diga de una manera clara, precisa y categórica si en esas palabras ha habido la menor intención de querer causar la ofensa que a primera vista tienen en sí esas palabras.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Creo que el Sr. Cuesta no ha debido oír bien al Sr. Elduayen.

El Sr. Elduayen ha declarado, a excitación del presidente, lo que ahora el Sr. Cuesta desea que repita a excitación de S. S. Parece que la autoridad del presidente debía al Sr. Cuesta tenerla en un poco más. Parece inútil repetir a instancia de un señor diputado lo que a instancia del presidente ha dicho otro señor



disputado clara y terminantemente. Apelo al Congreso, que ha oído decir al Sr. Elduayen que por su propio decoro y por el decoro del Congreso no había tenido ánimo de ofender al Sr. Cuesta. Por consiguiente, opino que si bien es legítima y muy noble la susceptibilidad de S. S., es también un tanto exagerada.

Creo que el Sr. Cuesta ha de persuadirse y creer que el presidente que en este momento ocupa accidentalmente este sillal, ha de ser tan celoso como lo es el que en propiedad le suela ocupar del honor y del decoro de todos y de cada uno de los señores diputados, y que por tanto no había de dejar malparado en este caso el decoro y el honor de S. S. Espero que después de estas explicaciones, que estoy seguro aceptará el Sr. Elduayen, el Sr. Cuesta se ha de dar por satisfecho.

El Sr. ELDUAYEN: No tengo más que decir que lo que manifesté anteriormente. Que la interpretación que había dado el Sr. Presidente a mis palabras era aquella que yo había tenido intención de dar. Pero todavía que si quedaba alguna duda, yo por decoro, como por decoro del Congreso, manifestaba cuál era esa interpretación. Pero esto lo hacía ante la autoridad del Sr. Presidente; lo que no hago es repetirle ante la exigencia de ningún señor diputado.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Me parece que el Congreso ha oído al Sr. Elduayen declarar la primera vez que usó de la palabra en este incidente que no había tenido ánimo de ofender al Sr. Cuesta; lo hizo á instancia del Presidente, y por consiguiente siendo el Presidente (creo que S. S. me hará esa justicia) tan celoso del decoro del Congreso, del decoro del Sr. Cuesta como del Sr. Elduayen y de todos los demás señores diputados, dándose el Presidente por satisfecho, debe darse el Sr. Cuesta, y por lo mismo yo propongo que se pase á otro asunto.

El Sr. CUESTA: Ya comprenderán los señores diputados que yo no puedo sostener este incidente sino con gran disgusto. Creo que no habrá un sólo diputado que me impute la falta de que este incidente haya venido. Yo concluí antes diciendo que delirio por completo al juicio que forme el Congreso, puesto que el Sr. Elduayen dice terminantemente que da la satisfacción al Sr. Presidente y al Congreso; pero que no la da á ningún diputado que la pida. (Varios señores diputados: No, no). Hablemos sin pasión; yo hablo muy friamente; si no ha dicho eso el Sr. Elduayen, habré entendido mal. Yo no tengo pasión ninguna; estoy hablando con frialdad. Aquí no se trata de exigencias. Aquí se trata de un diputado que creyéndose ofendido en su calidad de diputado por unas palabras, desea en uso del derecho que le concede el art. 145 del reglamento que decida el Congreso. El artículo dice:

Art. 145. «Si se proferiere alguna expresión mal sonante ó ofensiva á algún diputado, este podrá reclamar luego que concluya de hablar el que la proferió; y si esto no satisface al Congreso ó al diputado que se creyere ofendido, mandará el presidente que se escriba por un secretario; y si hubiere tiempo se deliberará sobre ella, aquel mismo día, y si no se dejará para otra sesión, acordando el Congreso lo que estime conveniente á su propio decoro y á la unión que debe reinar entre los diputados.»

Creo, por consiguiente, que puesto que el Sr. Elduayen dice que de ninguna manera da más explicaciones que las que acaba de dar, y que por la autoridad del Sr. Presidente y del Congreso acepta la significación dada por el Sr. Presidente á sus palabras, pero que no da otra á excitación de nadie, creo que no me toca á mí decir si quedo ó no satisfecho; al Congreso es el único que puede acordar cuando no hay satisfacción ninguna dada espontáneamente al diputado ofendido. Por esa razón, cuando el Sr. Presidente decía: el Sr. Cuesta puede darse por satisfecho, yo decía: conmigo no va nada. En cuanto al Sr. Presidente, S. S. me ha de permitir que le recuerde que no es S. S. el que lo ha de acordar, sino el Congreso.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Presidente sabe perfectamente cuáles son sus atribuciones y cuáles las del Congreso. Le parece al Presidente que el Sr. Cuesta se halla algo preocupado, noblemente, legítimamente, pero infundadamente preocupado. El Sr. Elduayen, la primera vez que habló en este incidente, no declaró que daba sus explicaciones al Presidente, ni declaró que las daba sólo por él; pero como en tales casos acontece, el Presidente medió, como debía, interponiendo su autoridad. El Sr. Elduayen declaró de la manera más terminante, y lo ha oído todo el Congreso, que por el decoro del Congreso, que siempre había respetado, y por su propio decoro, no había tratado de ofender al Sr. Cuesta, y nombró al Sr. Cuesta. Por consiguiente, cuando el Presidente lo ha oído (Rumores de asentimiento) y está corroborando las expresiones del Presidente, ¿los diputados que rodean al Sr. Cuesta, le parece que el Sr. Cuesta es exageradamente susceptible, queriendo que se reproduzcan unas explicaciones que se han dado, y poniendo en duda las aseveraciones del Presidente, cosa que no esperaba yo del Sr. Cuesta. Yo espero, por consecuencia, que el Sr. Cuesta, haciendo justicia al Presidente, se dará por satisfecho con las primeras palabras pronunciadas por el Sr. Elduayen, en que declaró que al compararse al Sr. Cuesta con Montesquieu, no había tenido ánimo de ofenderle.

El Sr. ELDUAYEN: He pedido la palabra para dír término á este enojoso debate. La verdad es que, ó el Sr. Cuesta no ha querido entender, ó yo no me he explicado lo bastante para ser entendido. Lo que yo me proponía en la segunda vez que he hecho uso de la palabra, era ratificar todas las que había pronunciado en la primera; pero al ratificarlas lo hacía por el señor Presidente, no por exigencia de ningún diputado, porque vuelvo á repetir que yo estoy dispuesto siempre á todas las explicaciones espontáneas; las únicas á que me niego son las exigidas. No tengo más que decir.

El Sr. CUESTA: Pues yo digo al señor Presidente, que dejo completamente al acuerdo del Congreso esta cuestión. Y tengo también que rectificar una equivocación de S. S.: yo no he puesto en duda ni por un momento las aseveraciones de S. S.; lo que he puesto en duda ha sido la atribución que podía tener S. S. para dar por terminado este incidente, porque creo que esto compete exclusivamente al Congreso.

Por lo demás, todos los señores diputados presentes conocen los términos de esta cuestión: las palabras del Sr. Elduayen están rectificadas: en cuanto estas palabras puedan degradar al Sr. Presidente, el Sr. Elduayen las explica en todo lo demás ni explica ni satisface; yo no entiendo de otra manera las

que acaba de pronunciar el Sr. Elduayen. Por respeto al Sr. Presidente, digo á esas palabras la significación que ha indicado el mismo Sr. Presidente: pero nada más.

Pues yo digo que el reglamento me da derecho á esperar que sea el Congreso el que dé ó niegue satisfacción á un diputado que se cree ofendido por unas palabras que para ese diputado no se explican.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Indubablemente el Congreso es quien ha de resolver esta cuestión, si insiste en ello el Sr. Cuesta; pero he de rectificar dos errores en que incurrió el Sr. Cuesta. El primero es relativo al Presidente: el Presidente asegura que en su primera rectificación el Sr. Elduayen dijo, nombrando al Sr. Cuesta, que no había tenido ánimo deliberado de ofenderle; así lo ha oído el Sr. S., señor Cuesta, espero de V. S., y todo el Congreso está esperando en este momento.

El Sr. CUESTA: Yo no he oído eso más que á V. S. El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Congreso todo lo ha oído conmigo al Sr. Elduayen: con esto fallará el Congreso. Pregunte V. S. señor secretario, si se da por terminado este incidente. (Los señores Elduayen, conde de San Luis, Belda y Cuesta piden la palabra.) Con arreglo al artículo 145 del reglamento, el Congreso va á decidir sobre la pregunta que hará el señor secretario, si con la explicaciones que han mediado entre los señores Elduayen y Cuesta queda en el lugar correspondiente el decoro de todos.

El Sr. ELDUAYEN: Desaba hacer una explicación, porque me parecía que importaba para la cuestión. He dicho una, dos y tres veces que en mis palabras no había habido intención deliberada de faltar ni al Congreso, ni á mí mismo, ni al Sr. Cuesta. (Rumores. Muchos señores diputados: Basta, basta con eso.) Hacía esta explicación, que se haga la pregunta al Congreso.

El Sr. CUESTA: Por mi parte, esto que hasta ahora no se había dicho....

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Al Presidente le extra a la insistencia de V. S.

El Sr. CUESTA: Pido á V. S. perdon, señor Presidente; lo que digo es que hasta ahora no lo había oído.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Queda terminada este incidente, y se suspende la discusión.»

Un despacho telegráfico recibido de Nueva-York confirma las noticias que fuimos los primeros en dar, de haberse formado alianza entre las Repúblicas de Chile y el Perú, y declarando por esta la guerra á España. Aunque *La Correspondencia* negó esta segunda parte, el siguiente telegrama prueba la exactitud de nuestras noticias recibidas del mismo Lima:

PANAMÁ, 1.º.—El Perú y Chile han concluido un tratado de alianza ofensiva y defensiva, y declarando la guerra á España. La escuadra peruana ha salido para reunirse con la chilena, con órden de romper inmediatamente las hostilidades.»

También son importantes las noticias que contienen los siguientes despachos:

LONDRES, 21.—Hay noticias de Panamá de 1.º de Febrero, y de Nueva-York de 9.

El Gobierno peruano ha declarado la guerra á España, y ha dispuesto que se haga un escrupuloso registro en el domicilio de todos los españoles, prohibiendo al mismo tiempo la salida de las poblaciones á todos los paisanos.

Los buques peruanos se han incorporado á los chilenos y todos tienen órden de atacar inmediatamente á la escuadra española.

Los peruanos preparan represalias por el descalabro que se les hizo sufrir últimamente.

Viluma Malkens y otros, están presos en Nueva-York por preparar armamentos contra España.»

NUEVA-YORK, 10.—Han sido arrestadas dos personas en Nueva-York por precaución, suponiéndose que preparaban una expedición militar contra España, violando la neutralidad. El jurado ha declarado haber lugar á ser procesados.

Los súbditos españoles, residentes en Lima, han recibido aviso de permanecer en el Perú, inscribiendo sus nombres en el registro oficial del Gobierno peruano. Se han adoptado precauciones para tomar represalias en caso que los españoles ocupen alguna parte del territorio peruano, ó causen perjuicios á aquella República.

La escuadra española bloquea rigurosamente á Valparaíso.»

Si en efecto, las escuadras aliadas han llevado á cabo su propósito de atacar á la escuadra española, podemos esperar que el próximo correo nos traiga noticias más positivas que las recibidas hasta ahora de triunfo de nuestros valientes marinos. Como se ve por los anteriores despachos, no ya sólo la honra de nuestra bandera, sino la posición de nuestros compatriotas residentes en el Perú, exigen que con urgencia se tomen medidas energéticas.

Según dice *La Patria*, el Sr. Mendez Nuñez salió á vigilar la escuadra peruana abandonando el bloqueo del Callao.

Las noticias que dan los precedentes despachos de las medidas adoptadas por las autoridades de Nueva-York, con personas sospechosas de preparar una expedición contra España, coinciden con las recibidas hasta aquí acerca del propósito en que está el gobierno de Washington de guardar la más estricta neutralidad en la cuestión de España con Chile y el Perú.

Dice una carta del Haya, que el corsario peruano *Independencia* salió el 16 por la noche del puerto de Meucen por órden terminante del gobierno, que no le ha permitido continuar anclado en él por más tiempo. Según se decía en Holanda, esperaba al corsario en alta mar otro buque, cuyo nombre se ignora para proveerle de municiones de guerra compradas en Inglaterra.

Según dice un periódico, la corbeta peruana que se hallaba en Brest, salió á la mar, pero sin tripulación de guerra, y las últimas noticias anuncian que había vuelto á aquel puerto.

Créase que tardará en salir de nuevo por habersele desertado toda la gente bajo la razón ó pretexto de que fueron engañados por los que

les comprometieron á embarcarse; así es que sólo pudo hacer una escursión de pocas horas, pero sin tripulación de guerra, volviendo al puerto el mismo día de su salida.

Acercos del mismo buque, hé aquí lo que dice un despacho de París con fecha de ayer:

PARIS, 22.—*La Patrie* publica las órdenes enviadas á Brest para continuar la vigilancia sobre el corsario *Huascar*, é igualmente sobre un buque inglés, como sospechoso de llevar municiones de guerra, lo que es objeto de informaciones judiciales.»

Se ha recibido el importante telegrama siguiente: «SAN SEBASTIAN, 22.—El ferrocarril está interceptado en el kilómetro 546, piquete 128. En el túnel de la fuente Cabrera, por la parte de Madrid, ha ocurrido un desprendimiento de 500 metros haciéndose necesario el transporte.»

¿Podrá atribuirse este suceso á algún defecto de construcción? Y en el caso de que así sea ¿deberá el Gobierno, es decir, España, pagar los daños y perjuicios que por efecto de la mala administración de la empresa en este punto se le irroguen?

Si un periódico opositor publicase las siguientes líneas, no nos extrañaríamos; pero el verlas insertas en *La Política*, es cosa que nos sorprende:

«Los comisionados del Gobierno, dice el periódico de la Unión, que recorren los pueblos de esta provincia con el objeto de recaudar las contribuciones, se niegan á recibir en pago de ellas los billetes del Banco llamado de España que les son presentados, y exigen que se satisfagan en metálico, cuando los pobres labradores sólo cuentan con esa clase de papel para satisfacer sus obligaciones.»

En cuanto lo sepa el Sr. Alonso Martínez, de seguro que pondrá remedio á este abuso.»

Dice anoche *La Correspondencia*:

«Con referencia á cartas de alguno de los compañeros de emigración del general Prim, se ha asegurado en Madrid que el marqués de los Castillejos saldrá en breve de Lisboa para Inglaterra.»

«Otras cartas dicen que el marqués de los Castillejos partirá en breve para Italia. Y por último, algunos amigos del general Prim en esta corte creen que para no alejarse de España pasará de Lisboa á Gibraltar.»

ERRATA NOTABLE.  
En la 4.ª plana de nuestro número de ayer, 4.ª columna, línea 2.ª, donde dice: «todos los católicos del universo con sus respectivos partidos»; léase «todos los católicos del universo con sus respectivos Partidos».

No corregimos otras que están más al alcance del lector.

## ULTIMA HORA.

### CONGRESO.

El Sr. Figuerola, diputado progresista, consume el primer turno contra el proyecto de contestación al discurso del Trono, pronunciando un discurso violentísimo contra el poder temporal y contra otros poderes.

Esto último, y no lo primero, provee reclamaciones del Presidente.

Pide la palabra el Sr. Posada Herrera para protestar.

Terminado este incidente, entra á hablar el orador contra las influencias extra-legales que, según dicen, existen entre el ministerio y el alto poder del Estado.

Recuerda la formación del ministerio relámpago, la causa formada contra Sor Patrocinio y la reforma de la etiqueta de palacio por el marqués de Miraflores.

El orador continúa hablando en este sentido.

## CÓRTEES.

### SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Sesión celebrada el día 22 de Febrero de 1866.

Se abrió á las dos y veinte minutos, y leída el acta de la sesión anterior, fué aprobada.

Dióse cuenta de que la comisión encargada de dar el dictamen al proyecto de ley sobre establecimientos penales había elegido presidente al señor marqués de Corvera y secretario al Sr. Romero y Villa.

Se entró en la orden del día, y el Sr. Infante apoyó una proposición de ley concediendo una pensión á la viuda del coronel D. Pedro Antonio Valtierra, cuya proposición fué tomada en consideración y pasó á las secciones para el nombramiento de la comisión.

Se abrió á discusión el proyecto de ley sobre sociedades públicas.

El Sr. CARRAMOLINO manifestó en nombre de la comisión que esta no podía admitir la enmienda al art. 4.º que presentó y apoyó en la sesión anterior el Sr. Pastor.

El Sr. PASTOR rectificó, insistiendo en que su enmienda era necesaria para aclarar el texto del artículo y evitar interpretaciones arbitrarias.

El señor ministro de la GOBERNACION espuso algunos conceptos, declarando el espíritu del artículo.

El Sr. PASTOR rectificó nuevamente, y la comisión acabó por hacer una ligera enmienda á instancias del Sr. Luzuriaga, aprobándose el art. 6.º sin la enmienda del Sr. Pastor.

Sin discusión se aprobó el art. 7.º

Al 8.º presentó una enmienda el Sr. Pastor y la apoyó, espone la necesidad que, en su sentir, había de consignar en aquel artículo una garantía para que arbitrariamente no pudieran los gobernadores cerrar las sociedades que, funcionando con la debida autorización, cumplan con los preceptos legales.

El Sr. Gallardo, de la comisión, espuso las consideraciones que en concepto de aquella hacían innecesaria la enmienda, entre ellas, y como la principal la de que esos abusos arbitrarios que temía el Sr. Pastor nunca ocurrían, y si ocurrían, los tribunales estaban para juzgarlos y castigarlos.

El Sr. Pastor rectificó, y el Senado desechó la enmienda.

El Sr. Ortiz de Zúñiga preguntó á la comisión si el artículo 8.º que se discutía derogaba el 162 de la ley de instrucción pública, que marca como requisito indispensable la audiencia del consejo de instrucción

para autorizar la creación de toda sociedad literaria ó científica.

El Sr. GARDENAS contestó que dicho artículo no derogaba el otro, puesto que el proyecto que se discutía era de policía y órden público, y la ley citada por el Sr. Zúñiga puramente académica.

Y se aprobó el art. 8.º

El art. 9.º se aprobó tras ligeras indicaciones del Sr. Pastor, á que contestó el Sr. Carramolino.

Sin discusión fuéron las siguientes hasta el 13.º Al 14.º presentó una enmienda el Sr. Pastor, pidiendo que se declarasen en suspenso los efectos de la ley durante el período rectificador de listas electorales; pero la retiró cuando el señor ministro de la Gobernación le recordó que por la ley electoral vigente aquel período era el año entero.

El Sr. VAAMONDE habló contra el artículo, manifestando su opinión de que no debía figurar la disposición que en él se encerraba en el proyecto que se discutía, porque se trataba de reuniones, y para reuniones existía una ley especial.

El señor ministro de la GOBERNACION contestó al Sr. Vaamonde que efectivamente tenía razón en cuanto á juzgar lo que eran las reuniones electorales; pero que también era cierto que el Gobierno tenía necesidad de conseguir en el proyecto de asociaciones lo que consignaba sobre reuniones electorales, así para quitar pretextos á los que pretendían ver en estas leyes armas favorables á los ministerios, como para que el público pueda estar tranquilo cuando lleguen los períodos electorales, comprendiendo que los partidos son libres completamente para tomar sus acuerdos y luchar en las urnas.

Hizo la defensa del artículo el Sr. Luján, como de la comisión, y tras leves rectificaciones de los señores Vaamonde, Pastor, Corradi y marques de Miraflores, se aprobó el art. 14 y último.

Y se aprobó definitivamente el proyecto.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para el sábado: de discusión del dictamen sobre autorización para procesar al señor senador marqués de Oviedo, y del de la comisión reformando la ley de imprenta.

Se levanta la sesión.

Eran las cinco y cuarto.

### CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RIOS Y ROSAS.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 22 de Febrero de 1866.

Abierta á las dos, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

Se leyó la siguiente

Proposición del Sr. Perez de Molina.

«Pido al Congreso se sirva declarar, que ve con disgusto la situación en que se halla la prensa periódica.»

El Sr. ROMERO ROBLEDO (secretario): De acuerdo con el autor de la proposición, y con arreglo al reglamento, se señalará día para la discusión de esta proposición, después de la discusión del mensaje.

Juró y tomó asiento el Sr. Chacón.

ORDEN DEL DIA.

Contestación al discurso de la Corona.

Continuando la discusión de la enmienda del señor Nocedal, dijo

El Sr. ESCOSURA: Señores: tras diez años de ausencia de este recinto, es sensible que me toque hacer uso de la palabra cuando me es imposible hablar en el fondo de la cuestión. El Sr. Nocedal en su excelente discurso de ayer (y digo excelente bajo el punto de vista retórico, pues en lo demás no conozco nada más intencionado, ni filípica más sangrienta) contra el régimen representativo que hemos jurado, me aludió varias veces. Yo al oírle me acordé de los principios fundamentales del Gobierno representativo, y la ausencia del Sr. Nocedal me impide hoy contestar. Su señoría ha presentado un proyecto de ley de incompatibilidades que, como confesó ayer, es un ataque al corazón del parlamentarismo.

Yo, que pertenezco á esa comisión, he ofrecido al Sr. Nocedal, y renuevo aquí el ofrecimiento, sostener contra S. S. los principios fundamentales del sistema representativo que he sostenido toda mi vida.

S. S. aludió también á un proyecto de empleados que yo formulé en 1847 y reprodují en 1856. ¿Qué ha querido con esa cita el Sr. Nocedal? ¿Ponerme en contradicción con mi conducta de hoy? No; yo pensaba entonces, y pienso ahora, que aquel sistema de organización de la administración civil es conveniente al país.

Por lo demás, las doctrinas del Sr. Nocedal, en cuyo fondo no puedo entrar ahora encontraré correctivo en el Gobierno de S. M. Gobierno liberal, constitucional, cuyo programa me ha traído á apoyar. La encontrarán en la comisión del Congreso, que no tolerará que pasen sin contestación las palabras del Sr. Nocedal, reclamando poco menos que como suyos á tres dignísimos individuos de esa comisión.

Si me fuera permitido, yo hubiera entrado con mucho deseo en discusión con el Sr. Nocedal; hubiera defendido, no á asesantes, á muertos, á cuya memoria ofendí ayer el Sr. Nocedal, siguiendo la tradición del Santo Oficio, que desenterraba los cadáveres para llevarlos á la hoguera.

Yo estoy leyendo desde aquí el nombre del mejor caballero de Castilla, del hombre cuya muerte no quería presenciar Juan Bravo, y por no presenciarla quería morir el mismo.

Isabel II, por cuyos derechos hemos peleado, por quien siete años hemos luchado contra los que se acogían á la bandera tremolada aquí ayer por el Sr. Nocedal, doña Isabel II y las instituciones constitucionales son inseparables. Yo, diputado de las Constituyentes, he defendido aquí los derechos de doña Isabel II. Sáame permitido defender las Cortes Constituyentes.

Decía el Sr. Nocedal ayer: las Cortes llamadas constituyentes. Si lo dijo sencillamente, nada tengo que oponer: pero poco antes había dicho: el llamado reino de Italia; y yo recuerdo que los hombres cuyos principios defendía ayer S. S. llamaban á los años desde 1820 á 1823 los *llamados tres años*. ¿Fueron constituyentes ó no aquellas Cortes? Yo digo que lo fueron, y tan legítimas como las actuales. Hice entonces, con la ayuda de Dios, lo que creía que debía á mi patria y mi conciencia, y al caer vencido, dije:

*Victoria causa Dis placuit, sed victa Calón.*

El Sr. Nocedal, que en la cuestión de Italia habló de un modo á que yo no puedo contestar (y cuidado que podría contestarle muy pronto, porque al principio radical de S. S. oponía yo otro radical también), como que quiso acusar á las Cortes constituyentes de haber proclamado la libertad de cultos, y dijo que sólo S. S. y otros pocos señores votaron por la unidad católica. Yo digo resueltamente que no es verdad que las Constituyentes votaran nada que se pareciera á la libertad de cultos. Ya recuerdo que cuando la famosa segunda base se nos vino encima el mundo entero como ha querido venir sobre el Gobierno actual cuando el reconocimiento del reino de Italia.

Entonces el Gobierno con acuerdo del primer cuerpo consultivo del Estado, censuró y pasó aquella conducta, hoy el primer cuerpo consultivo la ha censurado. ¿Pero de qué se nos acusa? Ayer pedí al archivo un ejemplar de la nonata Constitución de 1856, y dice su art. 14: «La nación se obliga á mantener y proteger el culto y los ministros de la religión católica que profesan los españoles.—Pero ningún español ni extranjero podrá ser perseguido por sus opiniones ó creencias religiosas, mientras no las manifieste por actos públicos contrarios á la religión.»

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Escosura hace un discurso. Por sus circunstancias excepcionales, y por el gusto que me lo oye el Congreso, tiene derecho á la benevolencia del presidente pero el presidente espera que S. S. no abusará de ella.

El Sr. ESCOSURA: Voy á sentarme: El Sr. Nocedal habló de las dos partes del párrafo de la comisión, pidiéndome que la primera y adoptando la segunda.

El Sr. ARRIETA MASCARUA. Siento mucho que a primera vez que tengo el honor de hablar al Con-

greso, sea para una alusión personal, pues apenas podré dar alguna expansión á los sentimientos de que me hallo poseído.

El Sr. Nocedal, mi distinguido amigo, me citó diciendo que á no impedirlo las prescripciones del reglamento, hubiera firmado su enmienda como los demás diputados de Vozcya. Yo, en efecto, la hubiera firmado por las soluciones categóricas que entraña, y sobre todo por la parte relativa al reconocimiento de Italia, reconocimiento que es el hecho más deplorable de la política, porque ha herido los sentimientos católicos del país, sin dejar satisfecha la revolución: que la revolución no se contenta sino hasta que ve sepultada en el lodlo la Iglesia de Jesucristo.

Estu sube de punto al considerar que España es la última nación del globo que podía haber reconocido el reino de Italia, pues además de las razones de intereses católicos que lo impiden, teníamos las especialidades de conservar en el Trono de Felipe IV al último de los Borbones no destronados.

Por estas razones hubiera firmado la enmienda del Sr. Nocedal, porque no quiero aprobar de modo alguno un acto condenado por la Iglesia docente por boca de sus Obispos.

El Sr. MURUA: Pedí ayer la palabra porque he firmado la enmienda. Estoy conforme con el espíritu general que en ella domina, y sobre todo con el párrafo relativo á Italia. Pero como esta enmienda podría considerarse por algunos como un programa de gobierno, debo decir que ni yo ni mi digno compañero el Sr. Arguizoz nos mezclamos en las cuestiones en que no tienen costumbre de mezclarse los diputados vicesinos.

Deseo, si, que la enseñanza sea católica, y deseo que se ponga coto á la licencia de la prensa.

El señor conde de HEREDIA SPINOLA: Señores diputados, pienso ocupar poco tiempo la atención del Congreso. Todo lo que dije ayer el Sr. Nocedal al apoyar su enmienda (de la cual por cierto no he tenido noticia hasta que la he oído leer desde esta tribuna), respecto de que Navarra era un país eminentemente religioso, que defendería en todo lo que pudiese, y sin vacilación alguna, el poder temporal de Su Santidad, indispensable en mi concepto para el mantenimiento del poder espiritual, es exactamente cierto; y yo repito y corroboro.

Como en la cuestión religiosa que ayer trató el señor Nocedal estoy muy conforme con S. S., así como no lo estoy en algunas de las apreciaciones que hizo en la cuestión política, yo que he votado y firmado la proposición de mi amigo el señor conde de Xiquena, no creo que deba votar la enmienda del Sr. Nocedal, porque he votado ya una proposición igual, en mi concepto, en el fondo, por lo que hace á la cuestión de Italia. El Sr. Nocedal, mi amigo y compañero, me dispensará que no vote su enmienda por las razones que acabó de exponer, y el Congreso me dispensará también por el breve rato que me he visto obligado á molestarle, siendo como es la primera vez en mi vida que he hablado, no ya en el Parlamento, sino en público.

El Sr. MENA Y ZORRILLA: Esperaba yo que habiese primero el señor ministro de Estado, y acaso lo hubiera hecho si estuviera aquí el Sr. Nocedal. Llamado impensadamente á usar de la palabra, sentiría que se me escapase alguna que á mi amigo el Sr. Nocedal pudiera parecerle desagradable.

Dos partes tiene el discurso del Sr. Nocedal: la principal fué la segunda. La primera fué tratada de un modo elevado y digno; más parecía que lo hacía á la fuerza, como obligado por el empeño de venir un día y otro á combatir el parlamentarismo.

Dice el primer párrafo de su proyecto: «Este acontecimiento fué siempre la apertura de las Cortes de España en aquellos tiempos...» Y, señores, ¿no estáis vosotros? ¿No basta la presencia de S. M. para que sea fausto el acontecimiento? Es seguro que S. S. no habría dicho esto si hubiera creído que su enmienda podía ser aprobada.

Sigue después: «en aquellos tiempos en que no divididos por estériles luchas políticas (sigue leyendo el párrafo).»

Confieso: al leer este párrafo recuerdo un célebre discurso de cierto personaje fabuloso, cuya razón estraviada pintaba á su modo las delicias de la edad de oro.

¿Cuáles eran los males de que acusaba el Sr. Nocedal al parlamentarismo? Que se pasaba mucho tiempo en discutir, en hacer preguntas é interpolaciones. ¿Esto es bastante para levantar una bandera de partido?

Pero dice el Sr. Nocedal: el Gobierno debe estar en otra parte: la resistencia debe estar aquí. ¿Y es posible deslindar de tal modo las atribuciones, que la resistencia esté siempre aquí y no en el Gobierno? Dice el Sr. Nocedal que la atribución propia de estos Cuerpos es votar el presupuesto. Pues bien, si eso es así, estos Cuerpos tienen necesaria influencia en hacer y deshacer Gobiernos.

El que tiene la llave de la gaveta tiene el verdadero gobierno de la casa. El Sr. Nocedal nos dió ayer mismo la prueba de eso, pues á título de economía vino á tratar de la organización del ejército, y á proponer que no hubiese infantería ni caballería. Pues bien, esto es gobernar. Lo que hay es que el sistema parlamentario, al establecer los poderes uno enfrente de otro, les obliga á unirse inspirándose ambos en la opinión pública. Si hay ambiciones, están en la superficie.

La monarquía y la religión católica han menester el apoyo de todas las fuerzas conservadoras; y á mismo tiempo las instituciones liberales deben servir y sirven á esas mismas fuerzas para mantener la necesaria cohesión.

Un orador dignísimo anunció aquí en otra legislación, ciertas ideas que omitió ayer también el señor Nocedal. Esas ideas son peligrosas, y este es uno de los puntos de contacto del partido á que pertenece el señor Nocedal con el socialismo. ¿Es conveniente, es justo el decir á las clases pobres que son cada vez más pobres? Si hay horrida, ¿es conveniente irritarla? Y si no la hay, ¿qué significa esas palabras?

La corte de las clases pobres deja mucho que desear; pero hoy tienen más medios de trabajo y de vivir una dignidad que en otros tiempos; y si hay menos



¿De qué derechos se trata? Por lo mismo que no se distingue, es claro que se trata de todos los derechos. El poder espiritual, no está en cuestión; por consiguiente, el sentido genuino de esta frase, es el poder temporal. Si esto necesitara interpretación, la encontraríamos en los antecedentes de las personas que componen el ministerio; en el discurso del señor Posada Herrera en la anterior legislatura; en los discursos y en la conducta de la Unión liberal. Cuando un gobierno de Unión liberal presenciando los hechos en Italia, proclamaba como interés de la nación ciertos principios, esos principios no podían variarse. Podría variarse de conducta, pero los principios son siempre los mismos. Por eso el gobierno de Unión liberal al poner en boca de S. M. estas palabras, no podía darles otro sentido que el que les ha dado la comisión.

Pero sus palabras no parecían bien claras, y la comisión puso la contestación de modo que no hubiese lugar a duda. Por tanto, el segundo párrafo de la comisión, representó lo mismo que el primero de la política del Gobierno. Y, señores, no podía ser de otra manera, aunque no fuéramos tan católicos como lo somos todos.

Un célebre libro de Estado, de Italia, Maximo de Azeglio, decía el ministro más volteriano que mandase junto al sultán, no sería capaz de mandar poner fuego a la Meca. O pues bien, cualquiera puede tener dentro de su corazón los desahucios que tenga en su religión; pero al frente de un país católico no hay medio de cumplir con su deber sino defendiendo los intereses católicos.

Citó el Sr. Nocedal las palabras venerables del jefe de la Iglesia y de los Obispos católicos. El Padre Santo formuló censuras contra los que habían atentado a sus derechos temporales, y los Obispos proclamaban su adhesión a estas censuras.

Los Gobiernos temporales, reducidos a medios humanos, no pueden consultar, como los espirituales, las promesas divinas ni las censuras; no tienen que consultar más que la prudencia. Las censuras fulminadas contra los usurpadores, ¿cazaban por ventura a los que reconocían a los espoliadores? ¿Nunca ha de haber paz con ellos? ¿Pues y las renuncias de Avignon y del condado veneciano? Las protestas del Cardenal Gonsalvi en aquella época, ¿han podido impedir que Avignon perteneciese para siempre a Francia? ¿Han quedado por ello excomulgados los Monarcas franceses?

Señores, lo repito, la cuestión es de prudencia. Muy loables son los sentimientos de piedad de que ayer el Sr. Nocedal hizo muestra; pero los países no pueden anularse; tienen que entrar en el concierto europeo, y en él defender esos mismos intereses por que aboga el Sr. Nocedal.

Decía el Sr. Nocedal: aguardémosle; esto no es más que un eclipse. Yo preguntaría a S. S.: ¿cuánto tiempo durará el eclipse de que habla? Y cuando no se sabe, ¿es lícito, es prudente declararnos imposibles, y retraernos cuando todavía no se ha perdido ni la ciudad de Roma, ni el principio de la potestad temporal? Como esto es lo que más nos importa; como este es el verdadero interés católico, hay que ver qué política es la mejor: la de las protestas, o sea la de la impotencia; la política de la prudencia, o sea la política de la fuerza y de la locura. Si la política de la impotencia y de la locura no son posibles, quedaba sólo la de la prudencia.

Dos cosas había que hacer: provocar un concierto entre las naciones católicas para defender la Santa Sede, o asociarse a la política de Francia. Se ausó en 1861 el primero de estos sistemas por mi respetable amigo el señor Mon. Reciente la catástrofe de Castelfidardo; reciente la declaración del Parlamento italiano señalando a Roma como capital de Italia, el embajador español propuso una alianza de las naciones católicas, para salvar los intereses amenazados de la Santa Sede. Francia tenía entonces rota sus relaciones diplomáticas con Italia; y sin embargo, aquellos pasos no tuvieron éxito ni en París ni en Roma.

Decía Mr. Thouvenel: «Se trata de una acción armada? No puede ser; emprenderíamos una guerra desastrosa, de resultados imposibles de prever.» Francia por otra parte, había contribuido a establecer el reino de Italia y no podía destruirlo.

Quedab. n las negociaciones: la conciliación de Italia con Roma; pero el Austria no quería abandonar sus pretensiones territoriales, y no podía entrar en el concierto.

En Roma sucedió, que el primer ministro de Su Santidad declaró que si las naciones católicas se unían para defender lo que quedaba del territorio pontificio, la Santa Sede protestaría por la diferencia que vendría a establecerse entre un territorio y otro de sus Estados.

Si pues la negociación fracasó en 1861, era imposible que tuviera éxito en 1865, después del tratado de 15 de Setiembre.

No quedaba, pues, más medio de acción en favor de la Santa Sede, que asociarse a la política de Francia.

La marcha de los tiempos había producido una reacción favorable en favor de los intereses católicos desde 1861 hasta el tratado de 15 de Setiembre.

En este estado se provoca el convenio de 15 de Setiembre; y nótese que cuando Francia reconoció el reino de Italia, aún proclamaba que la Iglesia sería libre en el Estado libre. Pero he dicho que los tiempos habían variado y eran más benévolos para la Santa Sede; y para demostrar este propósito, permítaseme leer una nota dirigida por Vizconti-Venosta al caballero Nigra, y que contesta anticipadamente a esa malhadada nota del general Lamarmora: «Como he tenido el honor de declarar en muchas ocasiones, la Italia ve siempre en un acuerdo con la Santa Sede el mejor medio de satisfacer las aspiraciones de la nación. Este acuerdo, que ha sido el último objeto de la política del Emperador, y para el que la Francia no ha perdonado sacrificio alguno, estamos decididos a continuar procurando, y no desesperamos de conseguirlo.»

Y continúa diciendo, y esto es lo más grave y lo más espeluznante:

«Estamos, pues, dispuestos a dar a la Santa Sede las garantías necesarias, a fin de que, repuesta en las condiciones de calma y de tranquilidad que son indispensables para la dignidad y la independencia de sus deliberaciones, pueda hacerse, con ayuda del tiempo y de las circunstancias, más accesible a las ideas de conciliación que no hemos dejado de apelar jamás.»

Es decir, que se anunciaba este tratado, no como un medio de alejar de Roma las tropas francesas para que pudiera tener lugar un motín, sino como la manera de constituir al Papa en un estado de perfecta independencia para que pasando el tiempo, pudiera venir a una conciliación.

Se hizo el tratado, hubo una gran expectación internacional no fué conocido, y publicado al fin y espaldado por el ministro francés en su despacho de 30 de Octubre, se declaró que Italia estaba obligada a resistir las invasiones exteriores en Roma, y a no fomentar ningún disturbio interior. Por consiguiente, la interpretación del tratado era tal, que equivalía a renunciar por siempre a Roma.

Se publicó luego la Enciclica, y al principio suscitó algunos temores; pero vino después la explicación de este documento, y entonces se vió que aquello no era nada nuevo, que era la verdad de siempre, y que para ser sinceramente católico no era preciso renunciar a todo progreso material. Desde ese punto quedaron completamente desinclinadas las cuestiones, y si es verdad que el convenio tiene dos interpretaciones, vayamos nosotros a Turin, pero pasando por París y apretando la mano del Gobierno francés, para que sea que España está también dispuesta a hacer lo que sea preciso en favor del Pontificado. Triste es ciertamente que no podamos hacer más; pero, ¿qué más acaso en los tiempos de Carlos V y de Felipe II? No; y esto no es culpa de este Gobierno ni de los anteriores ni, por lo tanto, puede hacérselos responsables de que suceda.

Este es el reconocimiento de Italia, y esta política es mucho más fecunda que esa política de las protestas que aquí se viene haciendo. Unámonos para

conservar el Padre Santo lo que le queda, y libremos procedido bien como católicos y españoles.

El Sr. ESCOSURA: No esperaba yo, señores, no temía, por mejor decir, tener que molestaros dos veces en un solo día; pero mi mala suerte y la impetuosidad del Sr. Mena y Zorrilla me obligan a decir algunas palabras, que serán las menos posibles, porque me han de costar mucho trabajo.

Permítanme que recuerde las circunstancias que me han valido, no la alusión, sino la declaración de guerra que me ha hecho el Sr. Mena y Zorrilla. Decía el Sr. Nocedal ayer que no le extrañaba cierto párrafo del mensaje, porque estando en la comisión los señores Mena y Zorrilla, Millán y Caro y Casanueva, era claro que habían de hallarse ciertas ideas en su dictamen, y yo excitaba a estos señores a que dijeran que no tenían mancomunidad de ideas con el señor Nocedal.

Así lo he declarado efectivamente el Sr. Mena y Zorrilla, pero ha dicho también, que si no estaba con el Sr. Nocedal, tampoco estaba con el Sr. Escosura. ¿Y sabe el Sr. Mena y Zorrilla cómo pienso yo en esta cuestión? Bien pudiera saberlo S. S., porque en 1860 publicó un folleto acerca de ella, en el cual, decía entre otras cosas, que pensaba y seguía pensando que para la independencia de la soberanía espiritual del Sumo Pontífice, era preciso que tuviera alguna soberanía temporal. ¿Es con esta doctrina con la que no está el Sr. Mena y Zorrilla? ¿O es acaso que no está conmigo porque creo que es mejor el párrafo del discurso de la Corona, que el de la contestación de la comisión?

Pues yo creo que era mejor aquel, porque no concretaba tanto la cuestión, y por consiguiente, la colocaba en un terreno más elástico y más conveniente toda vez que, como ha contestado el Sr. Mena y Zorrilla, hoy no se puede tratar. Y en esto no soy sólo; hay muchos que piensan del mismo modo; y la Unión liberal, es Unión liberal... El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor ministro de Estado.

El Sr. CLAROS: Sr. Presidente, yo la tenía pedida para una alusión que me ha hecho el Sr. Mena y Zorrilla.

El Sr. PRESIDENTE: Yo he creído que V. S. pedía la palabra para entrar en el fondo del mensaje; y como también la ha pedido el señor ministro de Estado, desde luego se la ha concedido. No obstante, si el señor ministro lo permite, podrá V. S. hablar ahora; si no, podrá hacerlo después.

El señor ministro de Estado (Bernard de Castro): Si no es más que para alusión personal y el señor Claros insiste en hablar ahora, yo desde luego no tengo inconveniente en cederle la palabra, en el supuesto de que es únicamente para eso.

El Sr. CLAROS: Es sólo para una alusión que me ha hecho el Sr. Mena y Zorrilla.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene V. S. la palabra. El Sr. CLAROS: Voy a decir brevemente palabras: voy puramente a cumplir un triple deber de delicadeza política, de amistad y de afecto. De delicadeza política, porque el Sr. Mena y Zorrilla, dirigiéndose a mí, ha supuesto con exactitud mi mancomunidad de principios con el Sr. Nocedal; de amistad, porque la que yo profeso al Sr. Nocedal me obligaría siempre a tomar su defensa, ausente y enfermo como se halla, aunque no mediase esta mancomunidad; de afecto en fin al mismo Sr. Mena y Zorrilla, con cuya amistad me honro y a quien profeso una sincera estimación. Recuerdo sin embargo que tengo un turno en que podré hacerme cargo de todas las ideas que se sirva exponer el Sr. Mena y Zorrilla, y me cometeré la inconveniencia de perturbar inconvenientemente el giro de esta discusión.

El Sr. Mena y Zorrilla, dirigiéndose a nuestra comunión política, se permitió respecto de mi amigo el Sr. Nocedal una especie de exposición personal, y a esa será la única que conteste. Presentó al señor Nocedal en una situación un poco irónica, recordando aquel célebre discurso del ingenioso hidalgo cuando tenía las bellotas en la mano y hacía explicaciones un poco pedantescas sobre la edad de oro, aplicadas con chiste por el Sr. Mena y Zorrilla a los tiempos antiguos.

Pues bien: a eso diré yo solamente cuatro palabras. Nosotros no somos precisamente esos hombres. Queremos indudablemente unir los tiempos modernos con las tradiciones antiguas, pero no en la forma que el señor Mena y Zorrilla nos ha presentado. Como único ejemplo indicaré a S. S. el proyecto de ley que hemos suscrito de incompatibilidad parlamentaria, el cual nos lleva en este punto importantísimo del régimen representativo casi casi hasta la teoría de los Estados Unidos. Esto sólo manifiesta hasta qué punto estamos inspirados de ideas antiguas en la forma que dice S. S.

El Sr. Mena y Zorrilla ha hablado también sobre el parlamentarismo, y nos ha hecho acusaciones que resultan de confundir el parlamentarismo con el sistema constitucional. Sobre esto me permitirá también una sola palabra: nosotros, que no queremos el parlamentarismo, queremos el sistema constitucional; creamos que el parlamentarismo es a la Constitución lo que el liberalismo es a la libertad, y el liberalismo es a la libertad lo que son a la garganta humana esas excrecencias escrofulosas, que es menester quitar para que la garganta funcione bien.

El Sr. Mena y Zorrilla nos ha hablado aquí de la política de los hombres imposibles, de la política de quimeras, de la política de la reacción, todo esto con referencia a la cuestión de Italia. Pues bien: nuestra política en esta parte no es más que la política de Su Santidad: si Su Santidad manifiesta que quiere otra política, nosotros la aceptamos.

Ha dado S. S. explicaciones reducidas a suponer que la Enciclica supone ahora una cosa distinta de la que suponta antes. Pues bien: puesto que S. S. sostiene que ha habido variedad en la Enciclica, y nos ha citado también el *Quijote*, yo tomaré entonces una palabra de aquel libro inmortal y diré a S. S. que nos traiga una bula manifiesta que aquel grano de trigo en que se pedía a Don Quijote ver el retrato de Doña Dulcinea, y nosotros la aceptamos y acatamos humildemente: entre tanto la Enciclica vive; y esa armonía que quiere establecer el Sr. Mena entre el catolicismo y el liberalismo está en absoluta contradicción con la proposición 50 de la misma.

Ha traído también aquí el Sr. Mena una cuestión con el Sr. Escosura, al cual, según las palabras textuales de este señor, ha declarado la guerra. Yo en esto no tengo nada que decir; esta es una cuestión de familia; y aquí recuerdo el proverbio castellano que dice: «entre padres, hijos y hermanos, nadie mete la mano.»

El señor ministro de Estado: Señores, esta mañana pensaba contestar detenidamente al discurso pronunciado ayer por el Sr. Nocedal; pero al entrar en el Congreso, me dijo uno de los amigos políticos de su señoría, que estaba enfermo y no podía venir, y desde este momento resolví aplazar mi contestación para cuando esta cuestión se reproduzca, como habrá de suceder, según nos dijo ayer el mismo Sr. Nocedal. Como yo tengo que devolver a S. S. algunos cargos, no es regular que lo haga cuando no puede defenderse; y no entraré hoy en esa contestación, que sería además inútil después del brillante discurso del señor Mena y Zorrilla.

Se me había dicho también que el Sr. Mon pensaba tomar parte en esta debate, y como S. S. no puede hacerlo más que hoy sin un acuerdo especial del Congreso, aunque yo creo que este acuerdo tendría lugar si fuera preciso, he creído mejor que no tengamos necesidad de recurrir a él.

Voy, pues, a concluir, y antes diré al Sr. Claros que cuando conteste al Sr. Nocedal y a S. S., yo presentaré una bula que da al reconocimiento del reino de Italia el carácter de una cuestión política por elección, y pondré a S. S. en el caso de que acepten este reconocimiento.

Pido, pues, al Congreso que en caso de que se vote la enmienda se sirva lo tomarla en consideración.

El Sr. MON: Me sorprende el modo con que el señor ministro me quiere obligar a hablar en el momento en que S. S. lo tiene por conveniente; pero aunque

doy gracias a S. S. por su atención, lo que es hoy, ni por lo avanzado de la hora ni por otras circunstancias creo que debo hablar, y si el Congreso no quiere oírme otro día, no hablaré.

El señor ministro de Estado: Yo no he tratado de obligar al Sr. Mon a que hablase hoy; he creído, porque se me ha dicho así, que el Sr. Nocedal había autorizado al Sr. Mon para que este último señor diputado pudiera tomar parte en este debate, en el cual tiene para hacerlo más derechos y tal vez más deberes que nadie. S. S. interpreta, pues, mal el objeto que me ha hecho pronunciar las palabras que el Congreso ha oído antes.

El Sr. MON: Cuando yo he venido al Congreso ya estaban tomados todos los turnos acerca del mensaje; tenía que presentar una enmienda, y no podía hacerlo de modo que fuera más radical que las que se habían presentado, y por consiguiente, convine con el Sr. Nocedal en que me aliaría; pero creo que el Congreso no dejará de concederme el derecho de hablar cuando sea ocasión oportuna para ello.

Leída de nuevo la enmienda, y puesta a votación, se pidió por suficiente número de señores diputados que esta fuera nominal, y se verificó así, resultando desechada por 178 votos contra 7, en esta forma:

Señores que dijeron no.

Romero y Robledo.—Marques de Torre Blanca.—Cánovas del Castillo.—Marques de la Vega de Aranjuez.—Auriles.—Moreno Nieto.—Millán y Caro.—Mena y Zorrilla.—Casanueva.—Alvarez Bugallal.—Camacho.—Villalobos.—Escosura.—Castillo.—Safont.—Romero Ortiz.—Benayas.—Arduaz.—Bernar.—García.—Caña.—O'Donnell (D. Enrique).—Pérez Zamora.—Sancho.—Abellán.—Arenal.—Perier.—Núñez de Prado.—Ortega.—Martín Díez.—Conde de Patilla.—Polanco.—López Ballesteros (D. Diego).—Moreno López.—Alarcón.—Salaverría.—Elduayen.—Gener.—Estrada.—Villalva.—Bosque.—Bilfers.—López Roberts (D. Mauricio).—O'Donnell (D. Carlos).—Mendez Vigo (D. Jacobo).—González Alonso.—Ilino.—Vazquez.—Tor y Moya.—Navarro.—Riestra.—Puente Apecheche.—Marques de Claramonte.—Campesador.—Viedma.—Vizconde del Ponton.—Barca.—Abellán Peñicela.—Sanchez Miña.—Marques de Montevirgen.—Vizconde de Armeria.—González (don Ambrosio).—Hernández Pinzon.—Sales.—Valverde.—Marques de Torrecilla.—Cuesta.—Unagón.—Calderón (D. Manuel).—Escario.—Schmit.—Gasset Matheu.—Rodríguez Sanchez.—Vizconde de Rias.—Heredia Livermore.—Carballó.—Leis.—Pérez de los Cobos.—Rute.—Piñón.—Conde del Alamo.—Campesador de Orellana.—Romero Leal.—López Ballesteros (D. Romualdo).—Marques de Santa Cruz de Aguirre.—Fernández Cueto.—Alvarez Lorecena.—Suarez Inclán.—Falcón.—Fuentes.—Núñez de Arce.—Anicla.—Lasala.—Cepeda.—Carbajal.—Rivadeneira.—Torre Rauri.—Floresjachi.—Fabra.—Marques de Torre Orgaz.—Saavedra Meneses.—Leon y Medina.—Rojas.—González Carvajal.—Ortiz de Piñedo.—Entrambasaguas.—Centurion.—Rivero Cidraque.—Alegre.—Coghen.—Santocja.—Espinoza.—Herrero.—Capdespon.—Barrio Ayuso.—Hernández.—López Guirar.—Alonso Colmenares.—Chinchilla.—Uribe.—Malats.—Chacon.—Zorrilla.—Arvalo.—Gómez Villalobos.—Abades.—Castillos.—Pascual.—Colmeiro.—Durán y Bas.—Santa María.—Ferrer Vidal.—Bertran.—Conde de Añauero.—González Mañón.—Vizconde de Miranda.—Ferrandis.—López Domínguez.—Navascues.—Rascón.—García Gomez.—Juez Sarmiento.—Duque de Frias.—Casaval.—Flores Páramo.—Aranaz.—Conde de Almina.—White.—Conde de Vilches.—Mendez Vigo (D. Antonio).—Marques de Figueroa.—Pino.—Sanchez Chicarro.—Vizconde de Villandrade.—Osorio y Orens.—Santa Cruz.—Ory.—Goicoerrotea.—Gasset y Artime.—Gómez.—Igual y Cano.—Cascasjars.—Mas.—Benedicto.—Candau.—Figueroa.—Rios Acuña.—Herrera.—Gay.—Rodríguez Guerra.—Leon y Falcon.—Fernández Blanco.—Ruiz.—Fernández de la Hoz.—Lopez Roberts (don Dionisio).—Balmaseda.—Santa Cruz y Múgica.—Señor presidente.

Total, 178.

Señores que dijeron sí.

Murua.—Arrieta Mascaraña.—Arguinzoniz.—Tejedor.—Navarro Villalada.—Herreros.—Claros.

Total, 7.

Suspendida la discusión se leyó el siguiente

Dictamen de la comisión de incompatibilidades.

«La comisión de incompatibilidades propone al Congreso se sirva declarar que son compatibles con el cargo de diputados, por venir comprendidos en el párrafo primero de la excepción primera del art. 2.º de la ley de 22 de Junio de 1864, los empleos de Consejero de Estado que ejercen los Sres. Rios Rosas (D. Antonio), Alvarez, Lorecena, Lafuente, Arduaz, Escario, Auriles, Unagón, Gener y Elduayen.»

El Sr. CUESTA: En el dictamen que se acaba de leer, la comisión propone que se declare que el empleo de consejero de Estado es compatible con el cargo de diputado. Esto, señores, no hay que declararlo, porque lo dice la ley; y en mi opinión, la comisión se ha nombrado con otro objeto: con el de dar dictamen sobre todos los casos en que haya que hacer uso de la ley de incompatibilidades. Por ejemplo: un diputado es nombrado hoy consejero de Estado, y ese diputado está en la lista de los que pasan a esa comisión. ¿Dirá este que el cargo es compatible? No; dirá que ese diputado está en el caso de renunciar su cargo, y que si no se le tendrá por renunciado de hecho y de derecho. En este caso está el Sr. Elduayen, que fué nombrado consejero de Estado unos días antes de la elección, y no tomó posesión de su cargo hasta después de haber sido elegido diputado.

Al art. 14 de la ley de incompatibilidades dice: «Los diputados podrán, no obstante, aceptar, quedando sujetos a reelección, los empleos que se declaran compatibles en los números uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis del párrafo primero del art. 2.º»

El diputado puede, pues, aceptar uno de esos destinos; pero quedando sujeto a reelección, y por consiguiente, a la ley que rige en estos casos, que dice en su art. 5.º: «Para los efectos de esta ley, el diputado será reputado como tal desde el día siguiente al del escrutinio general en que fuere proclamado.»

¿Qué resulta de estos dos artículos juntos? Que el diputado que toma posesión de su destino después de elegido está sujeto a reelección.

Se me dirá que estos artículos se refieren al nombramiento; pero la ley no dice eso, sino que el diputado no podrá aceptar el destino, y por consiguiente, está en el mismo caso que se le haya dado antes o que se le dé después. Y, ¿cuál es la fórmula para la aceptación de un destino? Queo que no hay otra que la toma de posesión, sin la cual no tiene carácter ninguno de empleado el agraciado con un cargo público.

Yo llamo, pues, la atención de la comisión sobre este asunto, y suplico que se retire ese dictamen y se ven cómo debe presentarse de nuevo al Congreso y si esto no lo quiere la comisión, pido que se vote con separación el caso del Sr. Elduayen, y suplico al Congreso que se sirva declarar que S. S. está sujeto a reelección.

El Sr. ELDUAYEN: A los señores diputados que no conocen de antiguo la severidad de los principios electorales del Sr. Cuesta, les podrá extrañar la cuestión que ha suscitado S. S.; pero a los que lo conocemos no se nos oculta que S. S. no se hace eco de una cuestión personal, sino de miras elevadísimas que se relacionan con la verdadera práctica del sistema representativo.

Si yo os dijera, señores, el modo con que esta severidad de principios ha ido encarnándose en el señor Cuesta, comprenderían perfectamente los que debe tener. S. S. vino por primera vez a la vida pública en 1853, y trajo al Congreso un acta tal, que no sólo no fué admitido como diputado, sino que en vista de los abusos cometidos en aquella elección, se hizo formar causa a los que habían intervenido en ella. Sin duda hizo esto gran efecto en el Sr. Cuesta, porque no volvió aquí hasta 1863 en que trajo otra acta, en que tales cosas aparecían, que no sólo se mandó también formar causa a los que se la habían dado, sino que,

cosa inusitada se proclamó diputado al candidato que no había traído el acta.

Vease, pues, si el Sr. Cuesta sabrá de todo cuanto se puede hacer en materia de elecciones, y podrá notar lo que no ha notado la comisión ni nadie. Puede decirse de S. S. lo que refiere un distinguido jurista francés, que ha escrito mucho sobre la filosofía de las leyes, el cual confiesa que en su juventud salía a los caminos y sitios públicos a cometer cierta clase de delitos, para llegar a comprender la fuerza de voluntad que se necesita para resistir las leyes. Esta es la experiencia que ha hecho el Sr. Cuesta en materias electorales.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Sr. Elduayen, llamo la atención de V. S. sobre el dictamen que se discute.

El Sr. ELDUAYEN: S. S. dice que yo he aceptado el nombramiento de consejero de Estado con posterioridad a la elección, y por lo tanto debo estar sujeto a reelección.

Pues yo digo: siendo así que yo fui nombrado consejero de Estado antes de presentarme a mis electores, ¿no sabían estos que lo sería cuando me daban sus votos? ¿Qué importa que yo aceptara o no después? ¿No es el objeto de la ley que los electores sepan a quien eligen? Pues eso estaba perfectamente cumplido en el caso de que se trata.

Además, ¿no dice la ley de casos de reelección, que si no se contesta renunciando el empleo ó gracia en ciertos términos marcados, se entenderá que se acepta? ¿Pues en qué textos se funda S. S. para pedir que yo sea sujeto a reelección, cuando he dejado pasar esos términos, y por consiguiente manifiestamente con mi silencio que aceptaba el cargo? Yo no sé en qué se pueda fundar S. S., y espero que el Congreso se sirva aceptar el dictamen de la comisión.

El Sr. CUESTA: El Sr. Elduayen ha dicho algunas palabras, refiriéndose a un jurista francés, que deseo que se escriban.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Se van a escribir, y no se contesta al Congreso inmediatamente.

Se leyeron las palabras, que decían: «Puede decirse de S. S. lo que refiere un distinguido jurista francés que ha escrito mucho sobre la filosofía de las leyes, el cual confiesa que en su juventud salía a los caminos y sitios públicos a cometer cierta clase de delitos para llegar a comprender la fuerza de voluntad que se necesita para resistir las leyes. Esta es la experiencia que ha hecho el señor Cuesta en materias electorales.»

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Sr. Cuesta ha pedido, en uso de su derecho, que se escribieran palabras, porque las considera sin duda ofensivas. Yo que conozco hace mucho tiempo al Sr. Elduayen, creo que S. S. no habrá dicho esas palabras con ánimo de molestar al Sr. Cuesta, ni encuentro en ellas nada ofensivo para S. S. y para el decoro del Congreso; espero, sin embargo, que el señor Elduayen las explicará, siendo consecuente con la conducta que ha observado siempre, deferente y respetuoso hacia el Congreso.

El Sr. ELDUAYEN: Yo no he tenido ánimo ninguno de decir que el Sr. Cuesta cometiera crímenes de los que cita el célebre Montesquieu, y no tengo inconveniente en declarar que es exacta la interpretación del señor presidente. Para exponer la fuerza de voluntad de que habla aquel jurista, con la que demuestra el Sr. Cuesta en materias electorales, y en perseguir una determinada personalidad.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Sr. Cuesta acaba de oír las explicaciones del Sr. Elduayen, y espero que se dará por satisfecho.

El Sr. CUESTA: Yo deseo, señores, que se haga una declaración explícita y terminante de que no ha habido ánimo de ofenderme al pronunciar con respecto a mí, unas palabras entre las que se hallaban las de aditio y resistencia a las leyes.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Sr. Elduayen ha manifestado ya eso, y yo creo que el Sr. Cuesta puede darse por satisfecho.

El Sr. ELDUAYEN: Yo no tengo inconveniente en repetir esas explicaciones, que he dado por deferencia al señor presidente, y no cediendo a exigencias de nadie.

El Sr. CUESTA: Puesto que el Sr. Elduayen no quiere satisfacer a nadie más que al señor presidente, yo pido en uso de mi derecho que el Congreso resuelva sobre las palabras de S. S.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): El Sr. Elduayen ha manifestado, nombrando a S. S., que no había tenido ánimo de ofenderle, y esto debe bastar a S. S. y al Congreso, por cuyo decoro mira el que en este momento tiene a la hora de ocupar este sitio tanto como el que más.

El Sr. ELDUAYEN: No tengo inconveniente en repetir que no he tenido ánimo de suponer que el señor Cuesta pudiera cometer esos delitos....

Muchos señores diputados: Basta, basta.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Lasala): Se da por terminado este incidente. Orden del día para mañana: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Erán las seis y media.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. Santa María y Santa Margarita, Virgen.

SANTOS DE MAÑANA. San Matías, Apóstol y San Modesto.—Es día de Misa.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde ejercicios y reserva. Continúan por la noche las Misiones en San Isidro y en las Escuelas Pías de San Fernando, y la novena de Nuestro Padre Jesús del Perdon, en San Juan de Dios.

Por la noche habrá ejercicios con sermon que predicarán: en el colegio de las Doctrinas, D. Benito Romera; en Santa Catalina de los Donados, D. Gregorio Diego y Megía; en Italianos, D. Pedro García; en Nuestra Señora de Gracia, D. Pastor Compañía, y en Monserrate, D. Agustín Fernández.

VISITA DE LA CORTÉ DE MARIA.—Nuestra Señora de las Mercedes, en D. Juan de Alarcón ó en San Cayetano; ó la de la Paz, en Santa Cruz ó en San Martín.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

## MINISTERIO DE MARINA.

Por Reales decretos de 21 y 22 de Febrero de 1866, han tenido lugar los nombramientos y disposiciones siguientes:

Ha sido relevado del cargo de capitán general del departamento de marina de Cartagena el teniente general D. Antonio Estrada y González Guiral, nombrándosele el mismo día presidente de la junta consultiva y la Armada.

Asimismo ha sido relevado del cargo de vocal del Consejo de administración y gobierno del fondo de redención y engaños de los matriculados de mar destinados al servicio de los buques del Estado, el jefe de escuadra D. José de Ibarra y Autran, pasando

a desempeñar el puesto de capitán general del departamento de Cartagena que resultaba vacante.

Para cubrir la de vocal de dicho consejo de administración y gobierno que este último señor deja con motivo de su traslación al departamento de Cartagena, ha sido nombrado el jefe de escuadra D. Guillermo Chacon y Maldonado.

Se ha dispuesto que D. José Luis Retortillo, vocal de la clase de diputados del mismo consejo de administración y gobierno del fondo de redención y engaños, cese desde luego en este cargo.

Igual disposición se ha tomado, respecto de D. Sabino Ojero, vocal de la misma clase y del mismo consejo que el anterior.

Para cubrir las vacantes que estos dos señores han dejado en sus respectivos destinos, han sido nombrados D. Eusebio de Salazar y Mazarredo y D. Antonio del Río y Cdraque.

Finalmente, ha sido nombrado comandante general de Marina, del apostadero de Filipinas, el jefe de escuadra D. Antonio Osorio y Mallén, en relevo del de igual clase D. Francisco Pavía y Pavía, que cumple en 27 de Junio próximo el plazo señalado para servir el expresado cargo.

## MINISTERIO DE FOMENTO.

Ha sido nombrado oficial mayor de este ministerio D. Manuel Ruiz Higuero, gobernador cesante de varias provincias.

Se ha concedido la traslación que pedia con su mismo cargo a la Universidad de Zaragoza al rector actual de la de Oviedo, D. Jacobo Tomás Olleta; y se ha nombrado para ocupar el puesto que este señor deja vacante, a D. Leon Salmean y Mandayo, catedrático de ascenso de la facultad de ciencias exactas, físicas y naturales.

## MERCADO DE MADRID.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DÍA DE AYER.

6371 arrobas de trigo.	
1614 arrobas de harina de idem.	
7064 arrobas de carbon.	
119 vacas que componen 50071 libras de peso.	
395 carneros que hacen 8:30 libras de peso.	
172 cerdos degollados que hacen libras de peso 34628.	

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.	Reales vellon
--	---------------